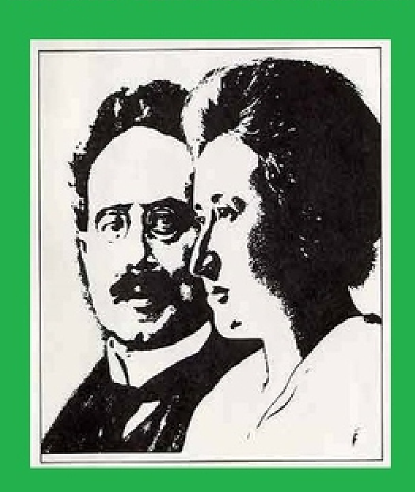
LA REVOLUCIÓN ALEMANA DE 1918-19

Rosa Luxemburgo
Karl Liebknecht





Ante el estallido de la I Guerra Mundial, las figuras de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht se distinguían como una luz en la oscuridad frente a la bochornosa actuación de la mayoría de dirigentes del Partido Socialdemócrata de Alemania (SPD) que apoyaron los créditos de guerra. Precisamente en su condición de internacionalistas, tanto Rosa como Liebknecht, comprendían que la revolución alemana era un factor de enorme importancia para que la revolución rusa pudiera dar pasos adelante en la construcción del socialismo y de ahí la urgencia del triunfo de la clase obrera alemana. En las calles de Berlín estaba en juego ni más ni menos que el futuro de la clase obrera internacional, el éxito o el fracaso de la tarea iniciada años antes por los trabajadores en Rusia.

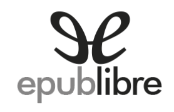
En *La revolución alemana de 1918-19*, encontramos un excelente testimonio de la contradicción entre la grandeza del proceso revolucionario que experimentó Alemania en 1918 y los errores de la dirección que llevaron a su fracaso.

Además, este libro incluye una serie de textos que trazan claramente los debates que se dieron en el congreso de la Liga Espartaquista que se inició el 30 de diciembre de 1918. Podemos leer sus debates sobre cuestiones fundamentales como la política sindical, el papel de los sindicatos y la caracterización de las luchas obreras en ese período en Alemania o la orientación práctica de la vanguardia obrera hacia los delegados revolucionarios. Aunque uno de los puntos principales de controversia fue la cuestión de la asamblea constituyente y la participación o no en las elecciones.

Otra polémica fue la orientación de la Liga Espartaquista. Rosa Luxemburgo en 1918 insistió en que la formación del KPD (Partido Comunista Alemán) era aún prematura y que la Liga debía seguir trabajando en el Partido Socialdemócrata Independiente de Alemania (USPD - escisión de izquierdas del SPD) que agrupaba a un buen número de trabajadores y jóvenes radicalizados susceptibles de ser ganados para el programa del marxismo. Pero a pesar de estas advertencias, terminó imponiéndose la impaciencia y las tendencias ultraizquierdistas de un sector de la militancia (los comunistas de izquierda del IKD). Finalmente se formó el KPD y

con ello se renunció a conquistar la mayoría en el seno del USPD.

El libro incluye otra serie de textos importantes como los últimos artículos escritos por Rosa Luxemburgo antes de su muerte, *El orden reina en Berlín*, y por Karl Liebknecht, ¡*A pesar de todo*! Todos estos artículos se complementan con el *Manifiesto del Partido Comunista Alemán*, y una serie de apéndices que son los artículos de Karl Radek, Romain Rolland y Hermann Duncker escritos después del asesinato de Luxemburgo y Liebknecht en los que se resalta el significado político e histórico de estos dos grandes revolucionarios.



Rosa Luxemburgo & Karl Liebknecht

La revolución alemana de 1918-19

ePub r1.0
Titivillus 30.10.15

Rosa Luxemburgo & Karl Liebknecht, 2009
Traducción: Fundación Federico Engels

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2



EL CONGRESO DE LA LIGA ESPARTAQUISTA

Constitución del Partido Comunista Alemán

30 de diciembre de 1918
1 de enero de 1919

PRIMERA SESIÓN

Necesidad de un nuevo Partido

El Congreso Espartaquista dio comienzo el día 30 de diciembre de 1918 a las 10 horas de la mañana en la sala de actos de la Casa de los Delegados de Berlín. La víspera, como en una especie de prólogo, había sido celebrada una conferencia no pública de la Liga Espartaquista, y en ella se había decidido por unanimidad (a excepción de tres votos) abandonar el Partido Socialdemócrata Independiente Alemán (USPD) para constituir un nuevo partido.

El Congreso reunió a cien delegados y como presidentes del mismo fueron elegidos Pieck (Berlín) y Walcher (Stuttgart), como secretarios Heckent (Chemnitz) y Wolffstein (Dusseldorf), mientras que el horario de las sesiones era fijado de la siguiente forma: de las 9 a las 13 horas por la mañana y de las 15 a las 19 por la tarde.

Ernst Mayer saludó al Congreso en el nombre de la Central en lo que él denominó como «los comienzos de un nuevo período de vida del Partido», resumiendo en unas pocas palabras su desarrollo pasado (en la clandestinidad) y las etapas posteriores (tras la declaración oficial de la guerra), que coincidiría con su primer acto: la carta de protesta de Liebknecht, Luxemburgo, Mehring y Zetkin. Después vendrían las primeras octavillas del invierno 1914-15, las primeras proclamas firmadas por la Liga Espartaquista en la primavera de 1916 y la acción parlamentaria de Liebknecht. También marcó una etapa importante la Conferencia del 1 de enero de 1916 donde fueron adoptadas las directrices que después serían reproducidas en el folleto firmado por *Junius*. El objetivo de la Conferencia era el de realizar una separación concreta de los socialistas mayoritarios. La Liga Espartaquista abrió una honda brecha en el viejo partido al negarse a satisfacer las cotizaciones

que le correspondían. A continuación tuvo lugar la Conferencia de Gotha, donde se habría de fundar el USPD, «La Central es de la opinión de que el trabajo en el interior del citado partido ha sido positiva, ya que en ningún momento ha quedado en entredicho el carácter de nuestros principios. La Central ha tenido siempre como criterio principal el valorar, sobre todas las cosas, la influencia ejercida en las masas. La Liga Espartaquista, a pesar de su debilidad numérica, ha ejercido efectivamente una gran influencia sobre el estado de espíritu, el juicio y la actividad de las masas».

El Congreso decidiría, en primer lugar, enviar al camarada Franz Mehring y a la camarada Clara Zetkin, los fieles consejeros y pioneros de la Liga Espartaquista desde su fundación, unos telegramas de simpatía.

INDEPENDIENTES Y ESPARTAQUISTAS

El primer tema como orden del día: «La crisis en el USPD (Partido Socialdemócrata Independiente Alemán)».

El acusador sería Karl Liebknecht, que ofreció un resumen del nacimiento del USPD, cosa que tuvo lugar en el curso de la descomposición de la vieja socialdemocracia, la cual comienza bastante antes de la guerra, siendo acelerada por ésta y no habiendo llegado aún a su conclusión. «El USPD —dijo Liebknecht es bajo muchas de sus relaciones un producto ocasional de la guerra. Desde el primer momento acogió a los elementos más dispares. Bajo su primer jefe fue una formación parlamentaria, salida de la Comunidad del Trabajo, que se había constituido en el Reichstag. Después de todo un año y medio de trabajo, se llegó por fin a agrupar a una mayoría de los miembros de la fracción parlamentaria sobre una cierta base oposicional. La escisión con los socialistas gubernamentales había tenido lugar el 16 de marzo de 1916, pero aquélla había sido precedida por otra escisión de principio: la exclusión de Liebknecht y de Rühle, que habían sido expulsados de la fracción. El USPD no se constituiría en un partido especial hasta 1917. Los métodos parlamentarios del USPD, lejos de expresar una política de clase consciente de sus objetivos, acabaron

por no ser más que un continuo compromiso evasivo de los mismos. Dichos métodos no sugerían ni principios fundamentales teóricamente claros, ni tampoco un verdadero plan de acción. En esta situación, el partido no podía hacer ningún plan de conjunto, pues el resultado inmediato hubiera sido la disgregación del USPD, cuya ala derecha estaba formada por revisionistas de la mejor escuela, tales como Bernstein. Pero el partido socialista seguía siendo, a pesar de todo, el soporte más idóneo para los espartaquistas, que por el momento —como tendencia— no podían expresarse en público tan directamente como hubieran deseado. La política del USPD se movía exclusivamente en los caminos trillados del parlamentarismo. Y la única política admisible en una situación así, una política antiparlamentaria orientada sobre la acción de las masas, era rechazada de plano. El resultado de todo ello fue, por ejemplo, la manera lamentable de tratar el asunto Baralong o el del motín de los marineros. En cuanto a la política extraparlamentaria, es la misma tónica la que domina; una concepción mecánica y limitada de la revolución. Todo esto no ha sorprendido, por supuesto, a los espartaquistas. Y si a pesar de ello se adhirieron al USPD en Gotha, es porque en todo momento estaban decididos a reservarse una entera libertad de acción, siendo su idea —dentro de lo posible— la de impulsar al USPD hacia delante para tenerlo lo más cerca de su mano y tratar de ganarse a sus mejores elementos. Se trataba de un trabajo de Sísifo de los más duros y, si bien los espartaquistas no consiguieron conquistar a ninguno de los jefes, a cambio sí que lo hicieron con fuertes contingentes de entre las masas».

«Después de la revolución de noviembre —prosiguió diciendo Liebknecht— la falta de principios del USPD acabaría agravándose en una medida tal que nos obligó a imponer una decisión relativa a la base de nuestras relaciones futuras con dicho partido».

«En primer lugar, era la voluntad del USPD: entrar a formar parte del gabinete de coalición ‘socialista’, aun cuando los socialistas mayoritarios se habían pronunciado, el 1 de noviembre ya, contra una política que fuera claramente revolucionaria».

«A los miembros del USPD les incumbían principalmente dos funciones en el gabinete Scheidemann. En primer lugar, la de servir de “hoja de parra” a la contrarevolución, convirtiéndose así en sus

comisionistas y auxiliares secretos. En efecto, el USPD ha facilitado cada una de las infamias del gobierno, cuando no las ha recubierto con su complicidad. La política de la mayoría ha seguido desde un principio una línea muy precisa: estabilizar la dominación burguesa salvaguardando la propiedad privada. Barth, por ejemplo, acabaría dejándose delegar como orador ambulante para poner paños calientes al movimiento de huelgas y para hacer regresar a los obreros al 'camino recto'. Esto se hizo con el apadrinamiento de todos los miembros del gabinete. Las etapas siguientes en esta dirección estarían marcadas por el mantenimiento en sus funciones de la vieja burocracia y el restablecimiento del poder de los viejos oficiales. Los Haase y demás consortes no se opusieron frontalmente a estas medidas porque, cuando llegaron los acontecimientos del 6 de diciembre, los Ebert-Scheidemann no solamente fueron cómplices, sino también organizadores. Las decisiones capituladoras del Congreso de los Consejos se tomaron en colaboración con los miembros del USPD en el seno del gabinete. La gran mayoría de los jefes del USPD preconizaban la Asamblea Nacional y luchaban contra el sistema de los Consejos. Esta alta traición contra la revolución habría de encontrar su punto álgido, por tanto, en el Congreso de los Consejos. Entonces se volvió a insistir en la proposición de organizar una asamblea del partido que permitiera a la masa de sus miembros hacerse juez de las decisiones que debían tomarse. Toda esta política ha llevado, como ya se sabe hoy, a la peor de las confusiones entre las masas obreras y militares. Con todo ello y con el apoyo a la más desquiciada campaña de odio desatada contra la Liga Spartakus, los jefes del USPD han contribuido decisivamente a crear las condiciones previas para un rápido desarrollo de las fuerzas revolucionarias, cuyo origen lo encontramos nosotros en los acontecimientos del 16 al 24 de diciembre. Es sobre dichos jefes sobre quienes hay que hacer recaer la responsabilidad de la sangre derramada. Esa gente no ha aprendido nada y a cambio lo ha olvidado todo. La gran masa debería haber sabido de lo que los Ebert-Scheidemann eran capaces. Los jefes a que nos referimos eran responsables desde hacía tiempo, puesto que formaban parte del gobierno, donde debería haber sido puesta en tela de juicio la política del mismo. Pero esta reivindicación de los hombres de confianza revolucionarios, al igual

que nuestro ultimátum del 22 de diciembre, exigía una asamblea general del partido, que desde el principio nos fue negada subrepticiamente. Esto nos acabaría colocando en una situación que exigía una decisión clara y determinante».

«La cuestión ahora es saber si la dimisión de Haase y los demás ha creado un nuevo estado de cosas. Por ejemplo, esta dimisión, según los titulares del *Freiheit*, es un *echados fuera*, lo que quiere decir que estos supuestos dimisionarios habrían deseado seguir en el gabinete. Esta actitud prueba, por tanto, que dichos disidentes siguen siendo los mismos de antes. Su falta de principios y su incapacidad para la acción están determinadas por su formación y su pasado, siendo imposible apreciarlos por un solo acto aislado. De esta forma el proceso de descomposición del USPD se está haciendo también progresivo entre las masas. Las formaciones de base, fuera de las elecciones y en numerosos casos, marchan al lado de los socialistas mayoritarios y se mezclan organizativamente con ellos, siguiendo el ejemplo de Bernstein. En el fondo, el USPD está ya muerto e incluso en estado de descomposición. La salida de los Haase y demás compinches del gabinete no constituye otra cosa que un intento fallido de conferirle vida a un cadáver. En cuanto a nosotros, creemos que permanecer por más tiempo en el USPD equivaldría, en esta situación, a solidarizarse de hecho con la contrarrevolución. No hay ninguna colaboración posible con los Haase BarthScheidemann y por lo tanto, se hace necesario actuar inmediatamente a tal respecto».

«Podría decirse que se trata de trazar públicamente, de una vez por todas, la línea separadora entre ellos y nosotros, constituyéndonos en un nuevo partido autónomo, resuelto a ir con decisión hacia delante, firme y homogéneo en su espíritu y en su voluntad, y fijándose un programa claro referente a los objetivos y a los medios favorables a los intereses de la revolución mundial. Desde hace tiempo ya, nosotros siempre hemos aplicado nuestro programa y nuestros principios a los hechos. No nos queda, por lo tanto, más que formularlos explícitamente. Las masas saben ya quiénes somos y lo que queremos. No tenemos más que testimoniar de nuevo, bajo una forma precisa, lo que somos desde hace tiempo y proseguir nuestra obra a partir de una base cada vez más amplia». (*Tempestad de aplausos*).

En este punto se renunció a todo debate y el Congreso decidió que tal medida venía dada por el hecho de que la sesión del día precedente había proporcionado a los diversos sectores de la Liga las ocasiones necesarias para expresarse.

Heckent (Chemnitz) tomó la palabra para proponer que el nombre del nuevo partido fuera el de *Partido Comunista de Alemania (KPD),* moción que fue adoptada por una gran mayoría.

La resolución siguiente es adoptada por unanimidad, menos un voto, y Heckent a tal respecto diría: «Aun cuando el USPD sea el producto de la crisis general de la socialdemocracia alemana, en sus líneas generales debemos tomar la experiencia como un testimonio de las contradicciones particulares de la política de guerra. El USPD se compone de un conjunto de elementos heterogéneos que no están de acuerdo ni sobre los principios ni en una táctica a seguir, y en sus instancias oficiales traduce, de forma general, una impotencia pseudoextremista realmente desastrosa».

«La política del USPD, desde su origen, no ha sido nunca una política netamente socialista, de lucha de clases, de internacionalismo consecuente, sino una política de confusión oportunista y de banalidad vergonzante, hasta el punto de estar condenada desde un principio a la incapacidad de acción más flagrante».

»Desde la revolución de noviembre, las medias medidas y la inseguridad han constituido la tónica de esta política, que ha ido degenerando hasta una falta total de principios. Aun cuando los socialistas mayoritarios declararan ya sin ambages el 9 de noviembre que, incluso para el futuro, habían descartado de sus planes todo vestigio de una política proletario-revolucionaria, los representantes del USPD no se negaron a entrar en el gabinete gubernamental. Durante ocho semanas han participado, de hecho o de intención, en todos los crímenes y en todas las traiciones de un gobierno 'socialista', cuyo objetivo no es otro que la reconstrucción y el mantenimiento de la dominación por parte de la clase capitalista. Han ayudado a crear las condiciones previas para el rápido crecimiento de las fuerzas contrarrevolucionarias y han contribuido de la forma más destructiva que cabe al debilitamiento de la fuerza revolucionaria entre los obreros.

»Estos miembros del USPD son también responsables, en la parte

que les corresponde, de los acontecimientos del 23 y 24 de diciembre. Y la salida forzada de sus ministros del gobierno no los exculpa, ni los rehabilita, sobre todo si se tiene en cuenta que esta circunstancia tardía no evidencia en modo alguno ningún vestigio en su voluntad de renunciar al oportunismo que les caracteriza.

»Todos los intentos para llegar a una decisión en los cuadros de los estatutos orgánicos, así como la posibilidad de provocar un juicio de conjunto de los camaradas del partido sobre esta nefasta política, todos los esfuerzos para conseguir un Congreso del partido donde fuere posible imponer una política proletaria revolucionaria, instituyendo así un proceso a los miembros del USPD comprometidos con los compromisos, todas las tentativas en resumen de poder verificar una *corrección* en la línea política del USPD, han chocado contra la resistencia de las autoridades de este partido 'socialista' encharcado en su política reaccionaria.

»Esto nos ha traído por último a un estado de cosas que, hoy en día, resulta ya totalmente intolerable. El USPD ha perdido el derecho a ser reconocido como un partido que lucha en favor de la clase revolucionaria».

»La actual situación revolucionaria exige más que nunca una postura clara, una actitud exenta de ambigüedades, el abandono de todos los individuos más o menos tibios y oportunistas, y el reagrupamiento de todos los militantes proletario-revolucionarios honestos y decididos. La permanencia en el USPD se convertiría, por nuestra parte, en una espera de las más graves, sobre todo si se tienen en cuenta nuestros deberes para con el proletariado, el socialismo y la revolución.

»Nosotros no es que hayamos albergado nunca ninguna ilusión sobre la verdadera naturaleza del USPD, puesto que siempre lo vimos como un producto circunstancial generado por la guerra mundial, al que había que tolerar en unas circunstancias particularmente especiales.

»La política oficial del USPD ha tenido como resultado que los miembros del mismo partido, en una proporción siempre creciente, se hayan comprometido, teniendo en cuenta unas próximas elecciones, con el partido mayoritario, llegando incluso a unirse con él.

»En resumen, que todo parece indicarnos que ha llegado la hora

de que todos los elementos proletario-revolucionarios le vuelvan la espalda al USPD, a fin de construir un nuevo partido independiente provisto de un programa claro, un objetivo preciso, una táctica homogénea y un máximo de fuerza de actividad revolucionaria: un partido que sea el instrumento inconmovible para la realización y acabamiento de la revolución social que ahora comienza.

»Es por ello que, después de saludar fraternalmente al proletariado combatiente de todos los países y de llamarlo a la tarea común de la revolución mundial, el Congreso de la Liga Espartaquista decide desatar sus ligaduras organizativas con el USPD para constituirse en un partido político autónomo con el nombre de *Partido Comunista de Alemania* (Liga Espartaquista).

LA SITUACIÓN INTERNACIONAL

La Asamblea decidió saludar, con la más viva satisfacción, la presencia en la misma de Karl Radek, miembro del Sóviet de la República de Rusia y uno de los seis delegados del gobierno ruso ante los obreros revolucionarios alemanes.

Radek expuso a grandes rasgos el gran trabajo creador llevado a cabo por la revolución rusa, poniendo en evidencia la situación internacional de las revoluciones rusa y alemana, así como sus recíprocas relaciones. El discurso desencadenó una tempestad de entusiasmo, y el Congreso decidió enviar a la República de Rusia un telegrama con el siguiente texto: «A la República Rusa de los Sóviets: El Congreso de la Liga Espartaquista, que en el día de hoy ha decidido fundar el Partido Comunista de Alemania, envía a los camaradas rusos sus más sinceros saludos, deseando estar unidos a ellos en el combate común contra todos los enemigos de los oprimidos de todos los países. La seguridad de que en Rusia todos los corazones laten al unísono que los nuestros, nos proporciona fuerza y coraje para continuar en nuestra lucha».

¡Viva el Socialismo!
¡Viva la Revolución!

SEGUNDA SESIÓN

A favor o en contra de la Asamblea Constituyente

El camarada Pieck abrió la sesión aproximadamente a las tres horas, adelantando su opinión, antes de abordar el tema del día, de enviar un telegrama a los mineros en huelga de la Alta Silesia con el siguiente texto: «El Congreso del Partido Comunista de Alemania (Liga Espartaquista) os envía la expresión de su más cordial simpatía en el curso de vuestra lucha. Tan sólo el aplastamiento del capitalismo y la instauración del socialismo harán posible la emancipación del proletariado. En la lucha por este porvenir, así como en la lucha contra el gobierno capitalista de Ebert-Scheidemann, que procura sobre todo alimentaros con habichuelas azules (metralla), nos encontraréis siempre a vuestro lado. ¡Viva el Socialismo! ¡Viva la Revolución proletaria!».

El orden del día tenía como tema el siguiente: «La Asamblea Nacional».

El camarada Paul Lévi mostraba así su opinión a tal respecto: «La tarea que me incumbe sé que no es fácil, ya que en nombre de la Central me toca defender la participación en las elecciones. En mi opinión, y con respecto a esta cuestión, nos corresponde una grave y compleja responsabilidad. Se trata sobre todo de saber cuál será nuestra actitud en el caso de que el Congreso Nacional de los Consejos se pronunciara por la formación de una Asamblea Nacional, si bien el problema de esta decisión ha pasado a segundo lugar merced a la agitación que se ha creado entre nosotros contra el principio mismo de la Asamblea Nacional. Mi idea es la de advertiros que no debemos ceder al estado de espíritu creado por la

mencionada agitación. La cuestión de la participación en las elecciones es ciertamente grave, pero también de una importancia decisiva para el desarrollo de nuestro movimiento durante los próximos meses».

«El proletariado es profundamente consciente de lo que puede significar la toma del poder, y de que ésta no es posible más que sobre la base del sistema de los consejos. Por lo demás, es evidente que, en lo que a nosotros se refiere, tan sólo en esta esfera de actividad es donde nuestras capacidades pueden ser desarrolladas. En cualquier caso, si tenemos alguna duda, no será más que por un momento, porque yo pienso que bien pronto los acontecimientos nos habrán desengañado».

«Por el contrario, la Asamblea Nacional como idea está insertada entre las masas revolucionarias como una fortaleza edificada por la voluntad de la burguesía, en donde desean atrincherarse todas las variedades y especies de la actual sociedad, tanto los Ebert y los Stinnes, como los generales y subjefes a sus órdenes. Es el ancla que todo el mundo querría hoy hacer suya para amarrar cada cual su barco a la deriva. En lo que a nosotros concierne, nos damos cuenta de todo ello, pero también que la vía del proletariado no puede pasar más que por encima del cadáver de la Asamblea Nacional».

«Es indudable que los representantes del proletariado se hallarán en minoría dentro de dicha Asamblea Nacional, y a pesar de todo ello nosotros os proponemos participar en las elecciones… (*Tempestad de gritos de protesta e interrupciones.*)… y también seguir luchando hasta el final con el encarnizamiento y la energía de que habéis dado prueba hasta el presente… (*Más interrupciones y gritos de: "¡Eso es desperdiciar las fuerzas!"*)… Está bien, en lo que a mí concierne, creo que debo interpretar estas interrupciones de la forma siguiente: La Asamblea Nacional será tan sólo una caja de resonancia del Reichstag… Esto es bien cierto, pero es en este punto donde yo creo que todos vosotros desconocéis por completo lo que se refiere a la situación histórica. En el curso de los últimos lustros, los representantes obreros se han encontrado en el parlamento y su actividad ha debido limitarse a la conquista de las ventajas mínimas con destino a la clase obrera, pero esto ocurría porque no nos encontrábamos aún en un período revolucionario. Hoy no ocurriría lo mismo, por la sencilla razón de que hoy las masas obreras se

hallan dispuestas a combatir y se sienten apoyadas desde fuera… (*Vivas interrupciones y gritos de: “¡Por eso no tenemos necesidad de la Asamblea!”*)… Sin embargo, debemos prepararnos a luchar contra este nuevo bastión, y parece de razón hacerlo no solamente desde fuera, sino también desde su interior. La Asamblea Nacional será elegida y la pregunta es la siguiente: ¿qué podemos hacer nosotros contra ella? Podemos dispersarla, pero ¿qué se ganará con ello? El poder real de la burguesía sería dispersado, pero tal acción carecería de sentido si nosotros no podemos (como expresión de un poder unánime de la clase obrera) acceder inmediatamente al poder. Se trata por lo tanto, en un principio, de atraer hacia nosotros, por medio de una acción tan enérgica como intransigente, esas partes del proletariado que se encuentran aún lejos de nosotros, siendo por esta razón por la que debemos estar dentro del nuevo bastión construido por el capitalismo».

«En Rusia los bolcheviques también participaron en las elecciones, pero en cuanto la situación hubo evolucionado y la Asamblea Nacional sobrepasada, hicieron estallar los cuadros. La participación en la Asamblea Nacional no es un síntoma de contrarrevolución, como creen muchos, siendo esta creencia una característica propia de ciertas concepciones políticas harto rudimentarias y escasamente profundas. En este sentido, es mucho más realista pensar que lo más probable es que la Asamblea Nacional domine durante algunos meses la vida política de Alemania, en cuyo caso nadie podrá impedir que incluso muchos de nuestros camaradas vuelvan sus miradas hacia ella. Para mantener despierto a todo el proletariado, y sobre todo a ciertos sectores indiferentes de las masas, nosotros debemos utilizar también la tribuna de la Asamblea Nacional». (*Vivas oposiciones*).

A continuación se originó una discusión, en el curso de la cual un gran número de participantes aportarían diversos argumentos sobre la cuestión, todo ello en medio de ambiente de gran pasión y entusiasmo.

El camarada Preda propuso conceder alternativamente la palabra a los partidarios de la participación y a los partidarios del boicot. La proposición fue aceptada.

El camarada Rühle (Pirna) declaró: «Hasta hace muy pocos días, yo tenía entendido que la idea de la participación en las elecciones

no debía ni siquiera ser tratada, pues apenas acabamos de librarnos de un cadáver con el que estábamos cargados, y ahora resulta que ya estamos en trance de tener otro sobre nuestras espaldas. Lévi dice que se trata de un mal impuesto por las circunstancias… Sí, tal vez, pero es que en 1914 los socialistas mayoritarios invocaron un argumento de estilo parecido: Ellos también estaban contra la guerra, pero una vez desencadenada ésta, no podían rechazar los créditos necesarios para su subsistencia. En la actualidad, nuestra participación sería interpretada como una aprobación de principio con respecto a todo lo que supone la Asamblea Nacional. Una decisión en favor de las elecciones no sólo sería censurable, sino que equivaldría a un suicidio, puesto que no haríamos más que ayudar a evitar la revolución en la calle, llevándola al parlamento. Para nosotros no puede haber más que una tarea y esta tarea es la del reforzamiento del poder de los consejos obreros y de los soldados porque, si se desea verdaderamente eliminar la Asamblea Nacional de Berlín en favor de las masas, es evidente que entonces nosotros tendremos que constituir un nuevo poder en la capital». (*Repetidas aclamaciones*).

La camarada Luxemburgo (*saludada con vivas aclamaciones*) desarrolló la tesis siguiente: «Todos comprendemos y estimamos los motivos que os hacen combatir a la Central, y aun así debo reconocer que la alegría que yo acabo de experimentar hace unos momentos no está limpia de una cierta amargura. En la fuerza tempestuosa que nos empuja hacia adelante, creo que no debemos abandonar la calma y la reflexión. Por ejemplo, el caso de Rusia no puede ser citado aquí como un argumento contra la participación en las elecciones, pues allí, cuando la Asamblea Nacional fue disuelta, nuestros camaradas rusos tenían ya un gobierno encabezado por Trotsky y Lenin. Nosotros, en cambio, estamos aún en los Ebert-Scheidemann. El proletariado ruso tenia detrás de sí una larga historia de luchas revolucionarias, mientras que nosotros nos encontramos en el comienzo de la revolución, no teniendo detrás nuestro más que la insignificante semi-revolución del 9 de noviembre. En mi opinión, lo que nosotros debemos hacer es plantearnos la siguiente alternativa: ¿Qué camino es el más seguro para conseguir educar a las masas? El optimismo del camarada Rühle es ciertamente muy hermoso, pero la realidad es que no

estamos aún tan avanzados para convertirlo en un hecho histórico. Lo que yo veo hasta el momento entre nosotros es la no-maduración de las masas llamadas a derrocar la Asamblea Nacional. El arma con la que el enemigo piensa combatirnos debemos volverla contra él. Por otra parte, teméis las consecuencias de las elecciones y por otra creéis posible abolir la Asamblea Nacional en quince días. La acción directa es seguramente más simple, pero nuestra táctica es justa, en el sentido de que cuenta con un largo camino a recorrer. La acción esencial, desde luego, corresponde a la calle y ésta debe tender en consecuencia al triunfo del proletariado. Pero nosotros entendemos que, previamente y para el apoyo de esa lucha, se hace preciso que conquistemos la tribuna de la Asamblea Nacional». (*Débiles aplausos*).

El camarada Gellwitzki (Berlín) presentó las resoluciones votadas en dos de los distritos de dicha ciudad, pronunciándose además de una forma enérgica contra la participación en las elecciones.

La camarada Duncker (Comité Central) declaró que, en su opinión, no se trata de una cuestión de principios, sino de una cuestión de táctica, comparando la actitud de los no-participacionistas con la de los niños que abren por la fuerza el capullo de una flor que todavía no ha estallado. «Las mujeres, que precisamente podrán votar por vez primera, no comprenderán la no-participación de los revolucionarios en las elecciones», terminó diciendo la camarada Duncker.

El camarada Léviné (Neukölln) opinó que la participación en las elecciones descarta la dedicación concentrada en tareas mucho más esenciales, como la ampliación del sistema de los consejos en las fábricas.

El camarada Heckent (Chemnitz) hizo resaltar que la socialdemocracia ha luchado durante cincuenta años por este derecho al voto, y que por esta misma razón parece comprensible que el proletariado alemán pase por las experiencias de las elecciones para sacar de ellas su correspondiente lección. «Una no-participación en las elecciones podría tener también funestas consecuencias», terminó diciendo el camarada Heckent.

La camarada Baumann (Dresde) se opuso a las afirmaciones de la camarada Duncker, diciendo: «Las mujeres del proletariado han

sido curadas de toda fe en el parlamentarismo por medio de las terribles enseñanzas de la guerra».

El camarada Rogg (Duisbourg) dijo que no hay que confundir el estado de espíritu reinante en Alemania con el del extranjero, recomendando a todos los camaradas depositar en las urnas sus papeletas con los nombres de Liebknecht y Luxemburgo. «Con ello se evitaría —añadió el camarada Rogg— que los que ya son partidarios de votar no hicieran de masa electoral favorable a los Scheidemann y a los independientes».

El camarada Tetens (Wilhemshaven) dijo: «Participando en las elecciones, no haremos más que confundir a los camaradas que están con nosotros sin ganar nada a cambio. Las masas, en exceso perezosas para pensar, no accederán a una visión más clara bajo la acción de las bofetadas que la Asamblea Nacional distribuirá a diestro y siniestro entre todo el proletariado, y aun cuando lo hicieran, para entonces ya habrían perdido la confianza en nosotros al vernos como participantes de dicha Asamblea».

El camarada Kindl (Magdebourg) declaró que los camaradas de su distrito están en favor de la participación.

El camarada Schubert (Charlottenbourg) hizo resaltar que el propio camarada Liebknecht había puesto el acento sobre la necesidad de unas consignas claras y concretas.

El camarada Gehrke (Brunschwick) llamó la atención sobre el hecho de que sus camaradas han participado ya, de hecho, en las elecciones del Landtag.

(En este punto es rechazada una proposición de clausura).

El camarada Meyer (Berlín) tomó posición a favor de la participación en las elecciones. Y Riger (Berlín) en contra.

(Una nueva proposición de clausura es aceptada ahora. Y después de un corto debate de orden práctico, se decide oír aún a los representantes de algunos sectores que todavía no habían tomado la palabra).

El camarada Widmann (Frankfurt) invitó a todos los camaradas a asistir a todas las asambleas electorales enemigas para combatir el espíritu de la Asamblea Nacional, a cuyo propósito sugirió que fueran ya designados los oradores más idóneos.

El camarada Liebknecht volvió a tomar la palabra para insistir sobre el hecho de que, a su modo de ver, no existían diferencias

sobre el fondo de la cuestión. «No creáis —añadió— que para nosotros se trata de extraer alguna ventaja política de las elecciones. Y no creáis tampoco que podríamos tomar algo para nosotros que pudiera reducir la energía revolucionaria del proletariado… De hecho, no podemos hacer una cosa, sin dejar de hacer otra, y yo pregunto: ¿es posible que nuestra actividad parlamentaria pueda quedar como enteramente sin valor? En la Asamblea Nacional, un pequeño número de nosotros podría ayudar a restringir la acción gestada allí contra el proletariado, y de paso servir de ejemplo para que cobraran confianza en nosotros las masas de fuera».

La camarada Wolffestein (Dusseldorf) se opuso a esta clase de consideraciones, recomendando la lucha contra la Asamblea Nacional por el medio más eficaz que se conoce: la huelga general política. (*Proposición saludada con vivos aplausos*).

El camarada Minster (Muhleini) declaró: «Al fundar el Partido Comunista de Alemania, es muy posible que hayamos tomado una decisión prematura, pero ahora nos encontramos en el trance de tomar una decisión demasiado tardía». Y manifestó que en su sector los camaradas se estaban ocupando ya de presentar los candidatos más convenientes.

El camarada Lewin (Munich) aboga con decisión, contra la participación en las elecciones.

Y el camarada Lévi pone fin a los debates, declarando que la discusión no le ha hecho a él, personalmente, desviarse de su punto de vista inicial.

SE PROCEDE A LA VOTACIÓN Y EL RESULTADO ES EL DE 62 VOTOS EN CONTRA Y 23 A FAVOR DE LA NO-PARTICIPACION.

El camarada Berker, en nombre del grupo de las Internacionales de Alemania, anuncia (como resultado de las negociaciones que una comisión de su grupo ha venido realizando con la Central de la Liga Espartaquista) que la organización por él representada *ha decidido* unirse al Partido Comunista de Alemania.

El camarada Meyer, saluda en nombre de la Central a los camaradas del GCI., que ya durante la guerra supieron estar junto a los de la Liga Espartaquista.

PONENCIA DE LA COMISIÓN DE MANDOS

El camarada Krüger (Berlín) fue el encargado de dar lectura a la ponencia. La Liga de los Soldados Rojos se hallaba representada por tres miembros y la juventud por un delegado. Los diecisiete miembros, llegados de todo un conjunto de países, son admitidos en calidad de oyentes. Y las secciones locales de la Liga son representadas por 83 delegados, correspondientes a Berlín (distritos 1, 2, 3, 4, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 16, 17 y 18), Barmen, Beutchen, Bismarckhütte, Brandeburgo, Bremen, Breslau, Bromberg, Brunswick, Charlottenburgo, Chemnitz, Colonia-Ehrenfeld, Colonia-Niehl, Kúxhaven, Dantzig, Dantzig-Ohra, Deuben, Dortmund, Duisbourg, Dusseldorf, Elberfeld, Erfurt, Essen, Frankfort, Götingen, Halle, Hamburgo, Hannover, Heme, Iéna, Koenisberg, Krefeld, Leipzig, Leipzig-Entritzch, Lubeck, Magdeburgo, Mulda, Mulheim, Munich, Nuremberg, Oberhausen, Pirna, Rathenov, Remcheid, Spandau, Stettin, Stuttgart y Werdau.

TERCERA SESIÓN

Discusión del problema sindical alemán

La sesión fue abierta a las 9 horas y 30 minutos con la lectura de un telegrama de salutación remitido por los mineros de Schwientochlowitz… El presidente propuso responder con otro en los mismos términos que el enviado la víspera, pero esta vez dirigido a todos los mineros de la Alta Silesia. El Congreso se declaró de acuerdo en su totalidad.

LA CUESTIÓN SINDICAL

El presidente sugirió tratar en un principio el punto quinto de la orden del día, titulado «Las luchas económicas». La moción fue aceptada por el Congreso.

El camarada Lange comenzó mostrando su opinión de la forma siguiente:

»El entendimiento de los Scheidemann con la burguesía se acompaña de la capitulación de los jefes sindicales ante el patronato, como lo prueba el hecho de que cualquiera de nosotros pueda leer a diario en la prensa burguesa los más variados elogios en favor de los funcionarios de los sindicatos. Por ejemplo, "Volkische Zeitung" les reconoce una extrema moderación, y el "Berliner Tageblatt" se ve obligado a gritar: "Estamos volviendo al viejo sistema sindical, al mercachifleo por unos pocos centavos de los aumentos de las tarifas salariales". Como regresar al sistema sindical, que ha sido corriente hasta ahora, presupone retroceder a

la idea de la “socialización de las empresas”, esta situación debe ser rechazada por nosotros, porque no debemos nunca aceptar una marcha hacia atrás, sino una marcha hacia adelante. Los que detentan aún hoy la dominación estatal, tomaron las medidas correspondientes en su día para poder conservarla después de la guerra. Han hecho desaparecer un número incalculable de pequeñas y medianas empresas correspondientes a las ramas más diversas de la industria, concentrando la producción en unas pocas empresas y asumiendo así la producción bajo un esquema regulador dictado por el propio Estado. Comprobada la falta de materias primas y de carbón, se comenzó a distribuir al empresario el material y el combustible, para así poder ser regulada la salida de los productos por instituciones oficiales o semioficiales. Las medidas no son todos obstáculos objetivos a la socialización de las empresas, pero la facilitan técnicamente. Las gentes de Scheidemann pretenden querer ellos también la socialización de las empresas… pero más tarde y por decisión parlamentaria. Quieren dejar que el capitalismo pueda volver a funcionar con plena libertad, y después discutir y legislar de manera que parezca real y lógica su pretensión de introducir una supuesta socialización de los medios de producción. Es la cantinela que repite una y otra vez, como un estribillo, el periódico de los independientes *Freiheit*.

»La oleada de huelgas en Berlín, los amplios movimientos de masas que se han producido en el Rhur y en la Alta Silesia, nos demuestran sobre todo que los obreros no están dispuestos a retroceder sobre la semana de los cuatro jueves. Los socialdemócratas ponen todo de su parte para servirles a los obreros sus habituales artificios oratorios llenos de demagogia y, a veces, incluso mezclados con su ración de “habichuelas azules” (balas de fusil). Sin embargo, todo parece indicar que no se saldrán con la suya. El proletariado no deja respiro a los empresarios. La misión de nuestro partido debe ser, por lo tanto, la de sostener y respaldar de aquí en adelante todos los movimientos que se operen en este sentido, hasta que el objetivo último del socialismo haya sido conseguido». (*Numerosos aplausos*).

«El Comité Central de los socialistas de Scheidemann (bajo la firma de R. Leinert y de Max Cohen) nos acusa en un ridículo manifiesto de ser quienes “impedimos” la progresiva socialización

de las empresas que se hallan ya maduras para este tipo de transformación. Pero al mismo tiempo, un tal Auguste Müller, secretario de Estado de la Oficina Económica del Reich, ha declarado a la prensa burguesa (véase el *Berliner Tageblatt*) que en su opinión la socialización de los medios de producción en las minas era una estupidez, es decir, casi un crimen. Por su parte, el líder sindical del textil y ex diputado Krátzig ha intentado demostrar en las páginas de una revista patronal que la socialización no era posible en esta industria y que no podría tener lugar, en todo caso, más que después de que se diera en las demás industrias. Siguiendo este esquema, se debe suponer que todos los jefes sindicales se presentaron, ante sus respectivos patronos, para demostrar que —justamente en su rama industrial— es poco menos que imposible el hecho de que tenga lugar la socialización».

«Las únicas organizaciones que pueden introducir la socialización en nuestra industria son precisamente los consejos de fábrica, los cuales sabrán tomar, de acuerdo con los consejos locales de obreros, el orden interior de las empresas en sus manos, así como reglar las condiciones de trabajo, controlar la producción y, por último, asumir también la completa dirección de las fábricas».

«En caso de seguir con este proyecto, establecido por una comisión de Berlín, es indudable que debería ser formado un consejo especial en cada región económica. Dichos consejos tendrían que estudiar de forma independiente todas las cuestiones concernientes a las condiciones de trabajo, al control de la producción y al comercio de cada región. Un consejo económico central se encargaría entonces de las cuestiones generales relacionadas con el conjunto de todo el país».

«La Oficina del Trabajo para todo el Reich, animada por el espíritu de Scheidemann, ha reconocido abiertamente el peligro que suponen los consejos de empresa y los consejos obreros para la supervivencia del régimen capitalista, y ha lanzado hace muy pocos días un decreto prescribiendo la formación de toda clase de comités obreros, así como toda clase de organismos auxiliares legales, en cualquier empresa. En él se marca la obligación de mantener los contratos colectivos sindicales y de llevar a cabo “un correcto entendimiento entre los obreros y los patronos”. Es de esperar que la clase obrera le enseñe bien pronto al señor secretario de la

Oficina del Trabajo que no son sus sucios papeles los que le arrancarán a aquélla el arma de los consejos de empresa y de los consejos obreros, que por el momento constituyen el fundamento esencial organizativo de su poder revolucionario». (*Aplausos*).

El camarada Hammer (Essen) fue el primer orador que tomó la palabra en la discusión, diciendo: «El acuerdo concluido entre la federación de los mineros y los propietarios de las mismas asegura a los obreros un aumento de salario muy próximo al quince por ciento, si bien es subordinado a un aumento del precio del carbón. Esto demuestra perfectamente hasta qué punto los jefes sindicales se sienten inclinados y comprometidos a proteger los intereses de los patronos. De hecho, los jefes sindicales han perdido toda la confianza de los mineros, y lo que le ha faltado al orador precedente ha sido formular una actitud concreta frente a los sindicatos. Los jefes sindicales de los mineros buscan sobre todo excluir a estos últimos de toda clase de negociaciones, a fin de que puedan ser ellos los que se encarguen de hacer los tratos directamente con los propietarios de las minas. Y tanto es así que hasta han llegado a tolerar la instalación de ametralladoras para la protección de los pozos. Nosotros, el consejo de obreros y soldados de Essen, hemos puesto fin a tal estado de cosas en aquel sector, pero ello sólo nos ha sido posible confiando a los propios obreros las medidas de salvamento destinadas a evitar el anegamiento de los pozos… ¡Es por tanto una calumnia el hecho de presentar a los obreros como unos saboteadores incorregibles! De hecho, los consejos de empresa de Essen trabajan ya en gran parte de acuerdo con los planes deseados por todos nosotros, aun a pesar de los propietarios de las minas y de los sindicatos. No obstante, todavía queda una cuestión. Ahora, cuando los mineros vienen ya hasta nosotros en gran número, y nos preguntan sobre la actitud que pensamos tomar frente a los sindicatos, ¿qué les vamos a responder?».

El camarada Rieger (Berlín) se refirió a la importancia que pueden llegar a tener los acuerdos sobre las tarifas, asegurando que lo que se denominaba como «contratos de paz» no eran otra cosa que pactos de esclavitud. «Los obreros —dijo— son prácticamente obligados a actuar contra sus propios intereses de consumidores. La clase obrera es así fragmentada, ya que los contratos colectivos

impiden todo tipo de solidaridad o aglutinamiento en caso de huelga. La organización por oficios es igualmente un absurdo, pues así nacen las diferencias de salarios, que no son justificables bajo ningún aspecto, como no sea el de tratar solapadamente de crear la aludida fragmentación entre los trabajadores. La dirección de las luchas obrero-económicas debe ser una tarea de nuestro partido y, en consecuencia, los sindicatos deberían ser transformados en un sentido estrictamente revolucionario».

El camarada Frölich (Hamburgo) recordó que en todas las grandes empresas de dicha ciudad la creación de los cambios de fábrica era ya una cosa frecuente antes de la revolución, y que tal sistema solía suplir con ventajas a los sindicatos allí donde no podía contarse con éstos. «La actitud de los dirigentes sindicales —añadió el camarada Frölich— viene del hecho de que estos señores no desean una socialización efectiva, ya que ésta les privaría de los puestos oficiales que ahora ocupan. Por otra parte, saben también perfectamente que las actuales reivindicaciones de los obreros pueden llegar hasta hacer que peligre la misma existencia del capitalismo. Los camaradas de Hamburgo saben por experiencia que en la actualidad es prácticamente imposible atacar al capitalismo por medio de los sindicatos. Esta situación hace pensar que, en principio, la separación de los obreros en organizaciones políticas y en organizaciones sindicales es hoy absolutamente ineficaz. Para nosotros, revolucionarios, no puede haber más que una consigna, que es la de gritar: "¡Fuera los sindicatos!". Ahora bien, ¿por qué reemplazarlos?… En Hamburgo hemos formado organizaciones unitarias (*einheitliche*), mientras que nuestros camaradas forman la base en los grupos de empresa».

El camarada Jacob (Berlín) informó de que el proletariado agrícola espera igualmente la socialización de la gran propiedad privada. «Si de verdad queremos movilizar a las masas para la lucha revolucionaria —dijo— no debemos olvidarnos de trabajar en este sentido».

El camarada Seidel (Düsseldorf) tomó posición contra el camarada Frölich, diciendo: «La actitud de los jefes sindicales se explica, no por el deseo de servir a la patronal, sino por el miedo que tienen a perder sus funciones de dirigentes. Es tan sólo a causa de esto por lo que ellos ponen tanto empeño en condenar a los

comités de empresa, haciendo todo lo posible también por condenarlos a la impotencia». Por otro lado, el camarada Seidel llamó la atención sobre algunos incidentes dignos de interés que se han producido en el norte de Alemania, donde los industriales llevan sus materias primas desde las regiones industriales al interior del país, a fin de hacer más difícil la socialización mediante el control de dichos materiales. En otro orden de cosas, ocurre un hecho increíble, y es el de que se continúa fabricando material de guerra, que por lo general es llevado también a otra parte, donde es destruido… y así sucesivamente. Los empresarios parecen no querer fabricar productos de paz, siendo su opinión la de que «el gobierno les paga el material de guerra, mientras que por el contrario no tienen ninguna garantía sobre quién les va a comprar el material de paz».

El camarada Sturm (Hamburgo) entró en detalles sobre la sumisión de las directivas políticas frente al congreso, haciendo proposiciones para diversos cambios basados en las experiencias ocurridas en Rusia.

El camarada Müller (Brandenburgo) certificó las palabras del camarada Seidel referentes a la fabricación y demolición ulterior del material de guerra.

El camarada Schröder (Dortmund) hizo algunas sugerencias sobre la forma en que podrían realizarse los trabajos preparatorios para la socialización de las fábricas.

El camarada Eder (Essen) hizo una exposición de sus experiencias durante la guerra, cuando los jefes sindicales se esforzaban por soliviantar a los camaradas del frente contra aquellos que se quedaban en la retaguardia.

El camarada Heckent (Chemnitz) opinó en detalle sobre lo que debe ser nuestra posición frente a los sindicatos. «Es indudable —dijo— que los sindicatos han desarrollado durante la guerra actividades contrarrevolucionarias. Lo que querría preguntar, a este respecto, es lo siguiente: ¿por qué los obreros se dejan hacer continuamente? En mi opinión, una gran parte de los participantes en este congreso se dejan seducir por una posición demasiado fácil». Según siguió diciendo el camarada Heckent, los sindicatos irán ejerciendo cada vez menos su vieja política, en la medida que avance la revolución, lo que quiere decir que quedan aún muchas

tareas por hacer y que, entre tanto, los sindicatos tienen todavía un papel que jugar. Las instituciones de apoyo, las cajas de mutualidades y otros organismos parecidos obligarán a los sindicatos a adaptarse si ellos no quieren desaparecer, pero mientras tanto… La opinión del camarada Heckent es la de que la consigna de «¡Fuera los sindicatos!» puede ejercer una influencia nociva, ya que podría convertirse en un obstáculo más para nuestro trabajo, en tanto que los sindicatos no representan un peligro real, puesto que han de verse obligados a plegarse a la marcha de la revolución… si no quieren optar por su desaparición.

La camarada Luxemburgo tomó la palabra como último orador que intervenía en el debate, y dijo: «Por mi parte, no lamento que una discusión sobre los sindicatos se haya desarrollado aquí, tal como viene sucediendo, sino todo lo contrario, pues apruebo de todo corazón esta tentativa de profundizar en una cuestión tan decisiva. Alemania es el único país que, debido a la infame actitud de los sindicatos, no ha podido vivir una posguerra marcada por las correspondientes luchas económicas propias de tal situación. Aun cuando los sindicatos no tuvieran conciencia de esta responsabilidad, serían culpables y merecedores de la pena de su desaparición. De hecho, no son ya organizaciones obreras, sino los más sólidos y solícitos protectores del Estado y de la sociedad burguesa. Como consecuencia de todo ello, es evidente que la lucha para la socialización no podrá ser impulsada hacia adelante sin tender hacia la liquidación de los sindicatos. Al parecer, estamos todos de acuerdo sobre este punto. Donde difieren nuestras opiniones es en lo que se refiere al camino a seguir. *A este respecto, yo estimo errónea la proposición de los camaradas de Hamburgo, referente a la formación de organizaciones únicas económico-políticas (cinheitsorganisation), ya que a* mi *entender las tareas de los sindicatos tan sólo pueden ser retomadas de una forma revolucionaria por los consejos de obreros, de soldados y de fábricas*. Por otra parte, no debemos olvidar que la liquidación de los sindicatos acarreará nuevos problemas, cuyas soluciones deberán ser estudiadas a fondo y resueltas de manera decisiva. Yo propongo, por tanto, enviar a la comisión encargada de las cuestiones económicas las proposiciones expuestas por los diversos camaradas que han tomado la palabra, y que dicha comisión someta sus conclusiones a los miembros del

congreso, a fin de que éstos puedan tomar una posición con el mayor número de garantías posible».

El camarada Pieck (Comité Central) sugirió aún someter todos los proyectos a una comisión por designar, declarándose los interesados de acuerdo con tal proposición.

El debate fue cerrado por el camarada Lange, quien opinó que la concepción de uno de los oradores (la referente a una renovación del espíritu de lucha de los cuadros sindicales, al ser empujados éstos por la revolución) estaba impregnada de un excesivo optimismo. «Precisamente a partir del 9 de noviembre —añadió el camarada Lange— la actitud de los jefes sindicales ha dado un giro de marcado carácter contrarrevolucionario que no deja lugar a ninguna clase de dudas. Nuestro partido no debe tender por lo tanto a convertirse en una organización única económico-política, en el sentido de llevar a cabo solamente las luchas por los salarios, sino que deberá ampliar su acción al terreno político, siendo los obreros —mediante los consejos de fábrica— los que se encarguen de tomar directamente las medidas económicas que crean convenientes».

CUARTA SESIÓN

El programa espartaquista

La sesión fue abierta a las 2 horas y 30 minutos por el camarada Walcher. Después de un corto debate sobre el orden del día, el camarada Becker tomaría la palabra para leer la declaración de los miembros del antiguo Grupo de los Comunistas Internacionales de Alemania, adherente en la actualidad al Congreso. Esta declaración expresaba la esperanza de que el trabajo en común dentro del nuevo partido fuera de lo más fructífero.

A continuación tomó la palabra la camarada Luxemburgo, a fin de emitir su opinión sobre el punto tercero del orden del día, titulado: «Nuestro programa y la acción política». (La declaración, que duró tres cuartos de hora y que el Congreso escuchó en el más impresionante de los silencios, fue seguida por una larga tempestad de aplausos).

La camarada Luxemburgo sometió al Congreso la siguiente resolución: «Es indudable que todos nosotros nos sentimos indignados con las actuaciones del gobierno alemán en el Este. La colaboración de las tropas alemanas con los barones bálticos y con el imperialismo inglés, no significa tan sólo una vergonzosa traición para el proletariado y la revolución rusa, sino que lleva también el sello del entendimiento de todo el capitalismo internacional en su lucha contra el proletariado de todos los países. El Congreso reitera por tanto su declaración sobre este enojoso asunto, manifestando que el gobierno Ebert-Scheidemann es el enemigo mortal del proletariado alemán. ¡Abajo el gobierno de Ebert-Scheidemann!».

(Esta resolución es adoptada por unanimidad).

En la discusión posterior intervendrían los camaradas Frölich (Hamburgo), Fránckel (Koenisberg), Báumer y Léviné Meyer

(Berlín) y Lewin (Munich).

Fueron estudiadas las cuestiones de la pequeña propiedad, el problema agrario, la reforma escolar y el problema del terrorismo.

El camarada Liebknecht hizo resaltar la necesidad de hacer prevalecer la fraternidad con respecto a los camaradas rusos, frente al gobierno Ebert-Scheidemann, invitando a los trabajadores con uniforme a rebelarse contra sus jefes militares. (*Repetidos y calurosos aplausos*).

(Las proposiciones hechas en el curso de los debates se acuerda que sean sometidas a una comisión de la organización para que ésta aclare los diferentes problemas en cuestión de una forma concreta).

Se acordó también que la citada Comisión se componga de veinticinco miembros, quedando constituida como sigue: la Central designará cinco miembros, y los demás representarán a la Liga de Soldados Rojos: Karl Schultz (Berlín); a las mujeres: Minna Neumann (Dresde) y Rosi Wolffstein (Dusseldorf); a los jóvenes: Fritz Globig (Berlín); y a las diferentes secciones: Krüger y Müller (Berlín), Ertinger (Bremen), Chmiel (Bismarckhütte), Gehrke (Brunswick), Heckent (Chemnitz), Becker (Dresde), Klein (Erfurt), Harnmer (Essen), Frölich y Sturm (Hamburgo), Singer (Hanau), Schmidt (Hannover), Lewin (Munich), Rühle (Pirna) y Walcher (Stuttgart).

LA ORGANIZACIÓN ESPARTAQUISTA

Comienza a tratarse el punto cuarto de orden del día, titulado: «La organización».

El camarada Hugo Eberlein comienza diciendo lo siguiente: «El problema de la organización podría simplificarse, si adoptáramos cualquiera de los sistemas ya conocidos, pero se trata justamente de saber y dilucidar si deseamos ser una asociación electoral o una organización política. Las organizaciones del viejo partido socialdemócrata puede decirse que carecían de sentido fuera de los períodos electorales. Se ha intentado hacer unas asambleas educativas, pero las organizaciones de educación no han procurado a los obreros las necesarias armas espirituales para emprender con

eficacia la lucha de clases, limitándose tan sólo a darles un ligero barniz, que las primeras tempestades han diluido con suma facilidad. El trabajo de educación no ha impedido de ninguna forma, sino que más bien lo ha favorecido, el paso de los obreros, tras el estallido de la guerra, al campo del imperialismo. ¡El organismo burocrático y administrativo de la socialdemocracia es un auténtico fósil!».

»Es por ellos que nosotros debemos basar nuestra organización en una fórmula totalmente distinta, si queremos llegar a ser capaces de actuar con la debida eficacia. Lo esencial es concretar sobre qué principios debe ser modelada la nueva organización. La estructura será fijada por la Comisión que acaba de ser elegida, por lo que mi propósito no es otro que aportar algunas sugerencias.

»En mi opinión, una de las ideas que primero debemos tener en cuenta es la de examinar si podemos adoptar el principio de organización de la Liga Espartaquista, tal como ésta se halla constituida en la actualidad, pues no podemos olvidar que somos una organización ilegal y sin ninguna estructura coherente. Después de haber reunido a camaradas de todos los rincones del país, hemos formado, aquí en Berlín, una especie de Central organizadora que, hasta el momento, ha trabajado desplegando las mejores de sus fuerzas. El trabajo era ciertamente difícil porque en ciertos momentos no disponíamos más que de un número muy restringido de camaradas, ya que los demás se encontraban encarcelados o en el frente bajo un uniforme. En lo que se refiere a la renovación de la Central, a la cual hemos de proceder ahora, se trata sobre todo de examinar a fondo los problemas pertinentes por todos y cada uno de nosotros, ya que es posible que nuestra situación sea muy pronto la del “estado de sitio”. En resumen, la forma de organización de la Liga Espartaquista no puede ser retomada para nuestra nueva etapa… En tal caso, ¿qué hacer?».

«En nuestro programa exigimos que los consejos obreros y de soldados conquisten todo el poder político, mientras que los consejos de fábrica habrán de constituirse en el elemento fundamental de este nuevo poder. Debemos adaptar por tanto nuestra organización a esta actividad. Esto sería, sobre todo, actuar de acuerdo con nuestros objetivos. Los “hombres de confianza” de las empresas se reunirán en conferencia local para elegir su propia

dirección de sector. Otro tanto sucederá con los trabajadores en paro. Y en el campo y regiones de tipo industrial es seguro que se encontrarán parecidas soluciones. Este tipo de organización posee la ventaja de aumentar la rapidez y el poder de la acción del combate. Sin embargo, no debe recurrirse a la esquematización, sino adaptarse a cada situación local. Los diferentes sectores deben conservar su plena libertad para modelar a su manera la estructura de su organización. No es necesario imponer la uniformidad desde arriba, sino todo lo contrario, puesto que las diversas organizaciones locales deben disponer de la más completa autonomía, acostumbrándose a no esperar las consignas de lo alto y a decidir por su propia iniciativa. La Central tan sólo debe servir como garantía de apoyo en los casos que excedan o sobrepasen el marco de lo local. La cuestión de la prensa tampoco debe concebirse con una mentalidad centralista. Y en cuanto a los delegados enviados por cada sector a la Central, a fin de formar una dirección lo más amplia posible, deberán reunirse lo antes posible cada vez que un caso lo requiera». (*Aclamaciones*).

El camarada Pieck hizo saber que, en las partes más activas de la clase obrera berlinesa, existían tentativas para formar un nuevo partido, y que como se daba el caso de que representantes revolucionarios berlineses de diverso tipo se hallaban presentes en el Congreso, él sugería suspender la sesión por media hora a fin de «intentar una especie de unificación entre dichos representantes».

(La moción es adoptada).

Después de reanudarse la sesión, toma de nuevo la palabra el camarada Pieck para anunciar que se ha propuesto a los «hombres de confianza» revolucionarios representantes de los grandes núcleos obreros berlineses que envíen tres delegados a la Comisión designada para concretar el programa del Partido, habiendo al parecer dos puntos de división entre los mencionados camaradas y las directrices del Congreso: el boicot a las elecciones y el nombre del nuevo partido. Estas pequeñas diferencias según el camarada Pieck, son susceptibles sin embargo de ser salvadas.

Teniendo en cuenta la limitación del tiempo, el camarada Pieck propondría a continuación no discutir los puntos tratados por el camarada Eberlein, sino someter sus sugerencias a la Comisión del programa.

(El Congreso acepta esta moción. Y a continuación se procede a *la elección de la Central*, a cuyo respecto propone el camarada Meyer que sea nombrada una comisión nacional compuesta por representantes de todas las regiones).

El camarada Becker se mostraría partidario, sin embargo, de limitar a nueve el número de miembros de la Central, manifestándose contrario al nombramiento de una comisión nacional.

Después de largos debates, se decidiría mantener sin cambio alguno la actual Central hasta el próximo congreso, añadiéndose tan sólo a la misma el camarada Frölich, del antiguo Grupo de Comunistas Internacionales de Alemania la Central se compondrá, por tanto, ahora con los doce camaradas siguientes: Hermann Duncker, Kate Duncker, Eberlein, Lange, Jogisches, Lévi, Liebknecht, Luxemburgo, Meyer, Pieck y Thalheimer.

El camarada Liebknecht habría de tomar aún la palabra para comunicar que los delegados encargados de negociar con los «hombres de confianza» revolucionarios no habían llegado a una conclusión, por lo que propuso que las conversaciones prosiguieran al día siguiente. «El asunto es de una gran importancia —terminó diciendo el camarada Liebknecht— y, teniendo en cuenta que el congreso ha de celebrar su última sesión mañana por la mañana, todo parece aconsejar el aplazamiento, que permitirá un mejor conocimiento de los factores en discusión y la posibilidad de una fructífera discusión a la vista de los resultados».

(El Congreso adopta esta moción).

LA II INTERNACIONAL

A continuación se pasó a tratar el último punto de orden del día, titulado: «La Conferencia Internacional».

El camarada Hermann Duncker tomo la palabra para hacer un resumen de la cuestión: «El Congreso debe ignorar esa conferencia de social-patriotas (convocada por el Partido Laborista británico para la profunda satisfacción de los Scheidemann), negándola como manifestación del socialismo internacional».

(La resolución es adoptada por unanimidad después de una corta intervención del camarada Lewin).

»Esta conferencia —prosiguió diciendo el camarada Duncker— no tiene otro objeto que servir de recíproca absolución entre todos los social-traidores del mundo por el asesinato fratricida de millones de hombres. Pero esta tentativa de reconciliación por parte de los intereses capitalistas divergentes no será suficiente para salvar de su naufragio a la II Internacional. Los traidores del 4 de agosto de 1914, que durante los cuatro años de guerra, se han esforzado para mantener a flote al capitalismo alemán, han estrangulado la lucha de clases en nuestro país y además han violado la idea socialista, con lo que han perdido todo derecho a hablar y actuar en nombre de la Internacional Obrera. El Partido Comunista pide a todos los socialistas y revolucionarios actuar inmediatamente en sus países respectivos para arreglarle las cuentas al imperialismo, mediante la constitución de consejos obreros y de soldados, a fin de que la paz mundial se establezca de una vez por todas bajo el estandarte y la acción del proletariado internacional. El congreso ha demostrado poseer la única medida eficaz para la edificación de una nueva internacional, que será sobre todo el centro de gravedad de la organización de la clase proletaria, es decir, no una internacional al uso, sino una internacional de la acción revolucionaria.

QUINTA SESIÓN

Espartaquistas y delegados revolucionarios

El camarada Walcher abrió la sesión a las 11 horas, comunicando que las negociaciones con los delegados revolucionarios de las grandes empresas de Berlín no habían concluido aún, por lo que proponía retrasar el comienzo de la sesión una hora.

(El camarada Meyer solicita entonces que esta hora sea dedicada a la toma de contacto entre los delegados de las diversas provincias y regiones, sugerencia que es aceptada).

A las 13 horas y 30 minutos, el camarada Pieck se haría nuevamente cargo de la presidencia para anunciar una comunicación sobre las negociaciones con los delegados revolucionarios berlineses.

A tales efectos, sería el camarada Liebknecht quien tomaría la palabra, diciendo así: «Las negociaciones se han prolongado desde ayer por la tarde hasta estos momentos, y han tenido lugar con un grupo de siete hombres, entre los cuales se encontraban los camaradas Ledebour, Däumig, Richard Müller y Nowakosvki. En un principio, pensamos que la "diferencia" más importante entre nosotros sería la referente a la participación en las elecciones, pero resultó que ellos tampoco querían participar en ellas, si bien el camarada Ledebour se mostró partidario de la participación. Como no existía ninguna diferencia mayor, de principios o de táctica, nosotros mismos propusimos que fuera elevado a cinco el número de miembros representantes de los delegados revolucionarios en la Comisión del programa. En fin, espero que el congreso esté de acuerdo con ello, aun cuando el número de los representantes berlineses en la citada Comisión sea mayor de lo que podríamos calificar como proporciones normales».

»Por lo demás, el camarada Richard Müller nos reprochó lo que él calificaría como nuestra continua táctica del *putsch*, respondiéndole yo que, al oírle, cualquiera podría decir que estaba hablando algún colaborador del periódico *Vorwaerts*, y que su observación parecía tanto más desplazada cuanto más se consideraran las últimas acciones llevadas a cabo por la Liga Espartaquista.

»Después de este incidente, surgió de pronto una oposición aparente sobre los principios y las tácticas, exigiendo además la delegación de los berlineses una paridad numérica en la Comisión del programa. Pero el Congreso había elegido la Comisión a escala nacional, y así se lo hemos hecho ver a los delegados revolucionarios, a pesar de todo lo cual, y para demostrar nuestro profundo deseo de entendimiento, así como nuestra gran estima hacia el trabajo realizado por ellos, propusimos continuar esta mañana las negociaciones, pidiendo al Congreso que tomara en consideración el resultado de las conversaciones en su última sesión, que es la que en estos momentos se está celebrando.

»Nuestra postura fue aceptada por la delegación berlinesa, que mostró así a su vez su clara voluntad de llegar a un entendimiento… Esta mañana, sin embargo, no pudimos reanudar las negociaciones a la hora convenida porque la delegación no estaba completa y, cuando al final se halló reunida, decidió retirarse para deliberar separadamente de nosotros. A su regreso, nos fueron expuestas cinco reivindicaciones: 1) el congreso debería anular su decisión en principio a favor del antiparlamentarismo; 2) completa paridad del grupo berlinés en la Comisión del programa; 3) decisión de la táctica de calle en común con los delegados revolucionarios berlineses; 4) participación igualitaria de los mismos en nuestra prensa, y 5) el nombre del nuevo partido debía ser establecido de forma que desaparezca toda mención a la Liga Espartaquista.

»Nosotros les hemos replicado, ante estas exigencias, diciendo que tal postura no era la que correspondía a los verdaderos delegados revolucionarios que nosotros creíamos conocer. En cuanto a las antedichas reivindicaciones, les hemos respondido diciéndoles que: el Congreso no se había pronunciado a favor de un antiparlamentarismo total, sino que únicamente había decidido no participar en el caso concreto de las próximas elecciones para la

Asamblea Nacional; que sobre el segundo punto ya nos habíamos pronunciado; y que, en lo del cambio de nombre, nuestra opinión era la de que no podía ni debía ser un gran obstáculo para nuestro entendimiento. En cuanto a los puntos tercero y cuarto, adujimos que mostraban un grado tal de desconfianza que ello nos obligaba a colocarnos a nosotros en el mismo terreno, si de verdad queríamos llegar a un acuerdo.

»En mi opinión —prosiguió diciendo el camarada Liebknecht—, nuestro joven partido no puede admitir en su seno diferencias importantes de principios y de táctica, a no ser que quiera perder una gran parte de su capacidad de acción… cosa que, hoy por hoy, es esencial para nuestra supervivencia. As lo comprendió también el camarada Daumig, que se opuso radicalmente, en el curso de las negociaciones, al camarada Ledebour, un fanático adversario de los espartaquistas. Esto me resulta tanto más penoso decirlo en público cuanto que una amistad de largos años me une personalmente a Ledebour. En fin, como condición previa para ulteriores conversaciones, hemos creído conveniente pedir a nuestros amigos que votaran entre ellos sus reivindicaciones, para saber hasta qué punto tales exigencias eran exigencias de la mayoría de su delegación. Una vez de acuerdo, ha tenido lugar la consulta, cuyos resultados han sido: veintiséis votos contra dieciséis, exigiendo nuestra participación en las elecciones, y treinta y cinco contra siete en favor de su paridad en la Comisión del programa, después de que nuestra proposición hubiera tenido ocho votos.

»Como resumen final de este incidente aún no concluido, mi opinión es la de que no debe cundir la alarma, confiando en que al final surgirá el acuerdo entre nosotros y los delegados revolucionarios berlineses, en los que yo personalmente confío, porque han demostrado ser unos de los mejores y más activos elementos del proletariado berlinés, que sobrepasan por cien codos a todos los bonzos del USPD. Insisto, en mi opinión, son dignos de toda nuestra confianza, y el trabajo en común con ellos puede servir de base a uno de los capítulos más destacados de nuestra actividad política. A pesar de todo ello, no debemos sin embargo hacernos falsas ilusiones sobre el hecho de que todos ellos se hallan situados a la extrema izquierda de la clase obrera revolucionaria, pues existen en algunos de ellos una cierta prevención contra nosotros.

Una votación puede resultar simplemente el producto de la voluntad de unos pocos hombres y de su influencia sobre el resto de una minoría. Pero lo esencial no es esto, a mi entender, sino la seguridad que podemos tener de que, en un caso concreto y ante cualquier necesidad, los delegados revolucionarios berlineses se encontrarán de nuevo a nuestro lado como en tantas otras ocasiones. Muchos de sus representantes en las grandes fábricas están ya de nuestro lado, y esto hace esperar que, con el tiempo, los demás irán haciendo lo mismo bajo la presión de los acontecimientos en curso.

Después de esta exposición del camarada Liebknecht, los camaradas Sturm y Becker pasarían a proponer una resolución que, tras algunas modificaciones, fue aprobada por unanimidad, y que dice así: «El primer Congreso del Partido Comunista de Alemania, a través de lo expuesto por el camarada Liebknecht, ha podido constatar y no sin pesar que la actitud de algunos dirigentes pseudoextremistas del USPD pretenden llevar la confusión a las filas de los delegados revolucionarios del gran Berlín, tratando al mismo tiempo de boicotear la fiel comunidad existente entre los mismos y el grupo de los espartaquistas berlineses, para con todo ello tratar de paralizar la vigorosa acción de nuestro partido. Ante todo ello, el Congreso declara que el Partido Comunista de Alemania no se dejará influenciar en ningún momento por tales maniobras, esperando que los delegados revolucionarios berlineses acaben cerrándose en filas con nosotros bajo el estandarte de la revolución mundial, una bandera que en Alemania tan sólo es enarbolada por nuestro partido. En fin, el Congreso está seguro también de que, ante la disyuntiva del Partido Comunista de Alemania y el USPD, el proletariado revolucionario del gran Berlín acabará poniéndose de nuestro lado».

En último término, sería aceptada por unanimidad la proposición del camarada Liebknecht, pidiendo que la Central haga todo lo posible para reforzar la comunidad de lucha con los «delegados» revolucionarios berlineses, así como para facilitar su adhesión al Partido Comunista.

Clausura del Congreso

Después de llegar a un acuerdo sobre ciertas cuestiones de menor importancia, el camarada Pieck daría lectura a un telegrama dirigido al camarada Liebknecht, que suscita los nutridos aplausos y que decía así:

«En el nombre de numerosos camaradas, buena suerte y prosperidad para vuestra causa en el nuevo año. Kurt Schwartz, Otto Krüger, Ernst Deutschmann. Primera división de Marina, Tercer destacamento. Kiel».

Y por último terminaría el camarada Meyer pronunciando algunas palabras de apreciación sobre el trabajo realizado por el Congreso, siendo clausurado oficialmente éste por el camarada Pieck, a los gritos de:

«¡Viva la revolución mundial del socialismo internacional!».

TESTAMENTOS POLÍTICOS DE ROSA LUXEMBURGO Y KARL LIEBKNECHT

El orden reina en Berlín

Último escrito de Rosa Luxemburgo (14/1/1919)

«El orden reina en Varsovia», ha anunciado el ministro Sebastini en la Cámara francesa cuando, después de un terrible asalto sobre el barrio de Praga, la soldadesca de Souvaroff ha entrado en la capital polaca para comenzar su trabajo de verdugos contra los insurgentes.

«¡El orden reina en Berlín!», proclama triunfalmente la prensa burguesa entre nosotros, así como los ministros Ebert y Noske y los oficiales de las «tropas victoriosas», para quienes la chusma pequeñoburguesa de Berlín agita sus pañuelos y emite sus hurras. La gloria y el honor de las armas alemanas están a salvo ante la historia mundial. Los que se batieron miserablemente en Flandes y en la Argonne pueden ahora restablecer su nombre mediante la brillante victoria obtenida sobre trescientos espartaquistas que se les han resistido en el edificio del «Vorwaerts». Las primeras y gloriosas irrupciones de las tropas alemanas en Bélgica y los tiempos del general Von Emmich, el inmortal vencedor de Lieja, empalidecen al ser comparados con las hazañas llevadas a cabo por los Reinhardt y sus «camaradas» en las calles de Berlín. Los delegados de los sitiados en el «Vorwaerts», enviados como parlamentarios para tratar de su rendición, fueron destrozados a golpes de garrote por la soldadesca gubernamental, y esto ocurrió hasta tal punto que no fue posible reconocer sus cadáveres. En cuanto a los prisioneros, fueron colgados de los muros y asesinados de tal forma que muchos de ellos tenían el cerebro fuera de su cráneo. ¿Quién piensa aún, después de estos indignos hechos, en las vergonzosas derrotas infligidas por los franceses, los ingleses y los americanos a los alemanes? «Espartaco» es el enemigo y Berlín el campo de batalla en el que solamente saben vencer nuestros

oficiales. Noske, «el obrero» es el general que sabe organizar la victoria allí donde Ludendorff fracasa.

¿Cómo no pensar aquí en la jauría victoriosa que imponía años atrás «el orden» en París, en esa bacanal de la burguesía sobre los cadáveres de los combatientes de la Comuna? Era la misma burguesía que acababa de capitular vergonzosamente frente a los prusianos y que había abandonado la capital del país al enemigo de fuera para huir ella misma como el último de los cobardes. Otra cosa fue después frente a los proletarios parisinos mal equipados y sin armas, contra sus mujeres y sus hijos… ¡entonces sí que pudieron mostrar su viril coraje los hijos de papá y toda la «juventud dorada» que mandaba en Versalles! Estos hijos de Marzo, plegados hasta el día anterior frente al enemigo extranjero, supieron de pronto ser crueles y bestiales frente a unas víctimas sin defensa, frente a unos cientos de prisioneros y moribundos.

«¡El orden reina en Varsovia!», «¡El orden reina en París!», «¡El orden reina en Berlín!», así es como proclaman sus victorias los guardianes del «Orden» a través de todos los ejércitos que se extienden de un lado a otro de la lucha histórica mundial. El cese de los vencedores no indica más que el final de una etapa del «Orden» que debe ser mantenido y proclamado periódicamente, mediante toda clase de sangrientos carniceros, sin detenerse en su marcha hacia su destino histórico, es decir, hacia su fin.

¿QUÉ SIGNIFICA LA SEMANA ESPARTAQUISTA?

¿Qué ha aportado esta Semana a nuestras enseñanzas? En primer lugar, aun en medio de la lucha y de los gritos victoriosos de la contrarrevolución, los proletarios revolucionarios han podido llegar a medir los acontecimientos y sus resultados con la gran medida de la historia. Y esto ha ocurrido así porque resulta que la Revolución no tiene tiempo que perder y en consecuencia, persigue su victoria por encima de las tumbas y por debajo de las habituales «victorias» y «derrotas». Reconocer sus líneas de orientación y seguir sus caminos con plena conciencia es la tarea fundamental de todos los que luchan por la victoria del socialismo internacional.

¿Es posible esperar una victoria definitiva del proletariado revolucionario, en su lucha con los Ebert-Scheidemann, para acceder a una dictadura socialista? Ciertamente que no, sobre todo si se consideran debidamente todos los factores llamados a decidir sobre la cuestión. El punto vulnerable de la causa revolucionaria en este momento es la no madurez política de la gran masa de soldados que todavía permiten a sus oficiales que les manden contra sus propios hermanos de clase. Por lo demás, la no madurez del trabajador-soldado no es más que un síntoma de la no madurez general en que todavía se halla inmersa la revolución alemana.

El campo, que es de donde proceden la mayoría de los soldados, queda tanto después como antes fuera del campo de influencia de la revolución. Berlín es hasta el presente, frente al resto del país, algo así como un pegote aislado. Los centros revolucionarios de la provincia (los de Rhenania, Wasserkant, Brunschwitz, Saxe y Wurtemberg en especial) están de cuerpo y alma al lado del proletariado berlinés, pero por el momento falta una concordancia directa en la acción, que es la única que puede proporcionar una incomparable eficacia al arranque y la combatividad de los obreros de Berlín. Aparte de esto, la lucha económica (que es origen de verdaderas fuentes volcánicas en las que se alimenta la revolución) se halla aún en una fase claramente inicial.

De todo ello puede deducirse claramente que no es razonable contar por el momento con una victoria de tipo decisivo. La lucha de estas últimas semanas ha tenido como desenlace el resultado de dichas insuficiencias. Siempre hay un disparo inicial, pero ¿cuál era en realidad el punto de partida de la última semana de lucha? Como ya ocurrió en casos precedentes, como ya ocurrió el 6 de diciembre, como ya ocurrió el 24 de diciembre, esta vez también ha estado el origen en una provocación brutal por parte del gobierno. Como en el caso del asesinato de los manifestantes desarmados, como en el caso de la carnicería de los marineros, esta vez ha sido el atentado de la Prefectura de policía la causa originaria de todos los acontecimientos. Y es que la revolución no siempre tiene posibilidades de actuar siguiendo sus libres decisiones, en terreno descubierto y después de un buen plan de maniobras ideado por algún buen estratega. Sus enemigos tienen también su iniciativa, y a veces incluso son ellos quienes la toman, que por cierto es lo que

ocurre generalmente.

No obstante, ante el hecho de la insolente provocación del gobierno Ebert-Scheidemann, los obreros revolucionarios estaban forzados a tomar las armas. En efecto, para la revolución, puede decirse que era una cuestión de honor responder lo más rápidamente posible y con todas sus fuerzas al ataque, porque de lo contrario se le hubiera impulsado a la contrarrevolución a una nueva etapa represiva, con lo que hubieran resultado conmocionadas las filas revolucionarias y disminuido el crédito moral de la revolución alemana.

‘LA MEJOR MANIOBRA ES UN BUEN GOLPE DE AUDACIA’

La resistencia surgió tan espontáneamente, con una energía tan evidente, del mismo seno de las masas berlinesas, que desde el primer momento puede decirse que la victoria moral estuvo del lado de la calle. Una ley interna de la revolución es la imposibilidad de esperar en la inactividad después de que se ha dado un paso hacia adelante. La mejor maniobra es un buen golpe de audacia. Esta regla elemental de toda lucha es la que rige con mayor razón todos los pasos de la revolución. En esta ocasión habría de demostrar además el sano instinto, la fuerza interior siempre fresca del proletariado berlinés y una combatividad del mismo que no se ha limitado a reintegrar a Eichhorn en sus funciones, sino que ha impulsado a la masa a ir en pos de otros reductos de la contrarrevolución, como es la prensa burguesa, representada de primera mano por el ‘Vorwaerts’. Si todas estas iniciativas surgieron espontáneamente de la masa, es porque ésta sabía que la contrarrevolución no se conformaría con la derrota y que buscaría provocar como fuera una batalla donde se midieran todas las fuerzas de ambos contendientes.

Aquí también nos encontramos ante una de las grandes leyes históricas de la revolución, contra la cual se estrellan todas las sutilezas propias de los pequeños maquiavelos «revolucionarios» al estilo de los del USPD, que en cada ocasión de luchar no buscan

más que su correspondiente pretexto para batirse en retirada. El problema fundamental de toda revolución (en este caso es el de la caída del gobierno Ebert-Scheidemann) surge en cada caso con toda actualidad, porque cada episodio de la lucha echa por tierra, con la fatalidad de las leyes naturales, todo compromiso con la tibieza o con los trapicheos del politiqueo reformista, exigiendo en todo momento el máximo por poco maduras que sean las circunstancias… «¡Abajo el gobierno de Ebert-Scheidemann!». Esta es la consigna que emerge como inevitable de cada episodio de nuestra actual crisis, convirtiéndose en la única fórmula capaz de expresar el sentido y el significado de todos los conflictos parciales, y de llevar la lucha hasta su punto culminante.

El resultado de esta contradicción entre la agravación del objetivo y las insuficiencias previas para su cumplimiento tiene como concreción el establecimiento de la fase inicial del desarrollo revolucionario, en el curso de la cual las luchas parciales siempre acaban con una «derrota» formal. Pero la revolución es la única forma de «guerra» en la que (por ley de vida que le es propia) la victoria final sólo puede ser alcanzada a través de una serie de «derrotas» previas.

¿Qué es lo que nos muestra si no toda la historia de las revoluciones modernas y del socialismo? La primera antorcha que iluminó la lucha de clases en Europa fue la insurrección de lo sederos de Lyon en 1831, que terminó con una flagrante derrota. El movimiento de los cartistas en Inglaterra concluyó también con una derrota. El levantamiento del proletariado en París, durante las jornadas de 1848, desembocó igualmente en una aplastante derrota. Y la Comuna de París tuvo parecido desenlace… Todo el camino del socialismo está efectivamente asfaltado de derrotas, a pesar de lo cual vemos que la historia del mismo avanza inexorablemente, paso a paso, hacia la victoria que ha de ser definitiva. ¿Dónde estaríamos hoy sin estas «derrotas» de las que hemos extraído la experiencia histórica que nos permite reconocer la realidad de las cosas en toda su dimensión? En la actualidad, cuando hemos conseguido llegar ya al umbral de la batalla final, es precisamente cuando mejor podemos reconocer que es sobre todas esas «derrotas» sobre las que nosotros nos mantenernos de pie. No podemos prescindir de ninguna de ellas, porque cada una de las mismas forma parte de

nuestra fuerza actual.

VICTORIA EN LA DERROTA Y DERROTA EN LA VICTORIA

Este es justamente el contraste y la aparente contradicción que diferencia las luchas revolucionarias de las luchas parlamentarias. En Alemania contamos con cuarenta años de «victorias» parlamentarias, de forma que puede decirse que durante todo este tiempo hemos estado marchando de victoria en victoria, siendo el resultado la gran prueba histórica del 4 de agosto de 1914: la derrota política y moral más catastrófica e inolvidable.

Las revoluciones, por el contrario, no nos han aportado más que continuas derrotas, pero estas inevitables derrotas son la mejor garantía de nuestra victoria final… ¡Claro que todo ello entraña una condición! Y es la de saber en qué circunstancias ha tenido lugar cada derrota, es decir, si ésta ha sido el resultado de unas masas inmaduras que se lanzan a la lucha, o el de una acción revolucionaria paralizada en su fuero interno por la indecisión, la tibieza y la falta de radicalismo.

Dos ejemplos típicos de ambos casos podrían ser la revolución francesa de febrero y la revolución alemana de marzo. La acción heroica del proletariado de París en 1848 se ha convertido en la energía más vivificadora que cabe para el proletariado de todo el mundo, mientras que los lamentables desfallecimientos de la revolución alemana de marzo, del mismo año, se han visto metamorfoseados en una especie de pesada cadena para todo el desarrollo histórico ulterior de Alemania, cuyos efectos regresivos pueden rastrearse incluso en los acontecimientos más recientes de nuestra revolución y en la crisis dramática que acabamos de vivir.

¿Cómo será vista, en tal caso, la derrota de nuestra «Semana Espartaquista» a la luz de, la mencionada perceptiva histórica? ¿Como el resultado de una audaz energía revolucionaria ante la insuficiente madurez de la situación, o bien como el desenlace de una acción emprendida sin la necesaria convicción revolucionaria?

¡De las dos formas! Porque nuestra crisis tiene efectivamente un

doble rostro, el de la contradicción entre una enorme decisión ofensiva por parte de las masas y la falta de convicción por parte de los jefes berlineses. Ha fallado la dirección. Pero este es el defecto menor, porque la dirección puede y debe ser creada por las masas. Las masas son en efecto el factor decisivo, porque son la roca sobre la que será edificada la victoria final de la revolución. Las masas han cumplido con su misión, porque han hecho de esta nueva «derrota» el eslabón que nos une legítimamente a la cadena histórica de «derrotas» que constituyen el orgullo y la fuerza del socialismo internacional Podemos estar seguros, de esta «derrota» también florecerá la victoria definitiva.

«¡El orden reina en Berlín!»… ¡Ah! ¡Estúpidos e insensatos verdugos! No os dais cuenta de que vuestro «orden» está levantado sobre la arena. La revolución se erguirá mañana con su victoria y el terror se pintará en vuestros rostros al oírle anunciar con todas sus trompetas:

¡ERA, SOY Y SERÉ!

A pesar de todo

Último escrito de Karl Liebknecht (14/1/1919)

¡Asalto general contra los espartaquistas! ¡Muerte a los espartaquistas! ¡Atrapadlos, golpeadlos, fusiladlos, pisoteadlos, hacedlos jirones!… En efecto, lo han conseguido, «Espartaco» ha sido aniquilado. ¡Y ahora vienen los gritos de alegría, desde el «Post» hasta el *Vorwaerts*!

¡«Espartaco» ha sido aniquilado! Los sables, los revólveres y los mosquetones de la vieja policía germánica, reconstituida mediante el desarme de los obreros revolucionarios tras la terminación de la guerra, han sido los que han sellado nuestra derrota. ¡«Espartaco» ha sido aniquilado! Bajo la guardia de las bayonetas del coronel Reinhardt, de las metralletas y de los lanzaminas del general Lüttwitz, tendrán lugar al fin las elecciones para la Asamblea Nacional… pero será el plebiscito de Luis Napoleón Ebert.

¡«Espartaco» ha sido aniquilado! Y es cierto. Los obreros revolucionarios de Berlín han sido aplastados. Cientos de los mejores de ellos han sido masacrados. Es cierto. Y un millar de entre los más fieles arrojados a los calabozos… En efecto, ahí están los vencidos: abandonados por los marineros, por los soldados, por los cuerpos de protección, por la milicia popular, por todos aquéllos en cuya ayuda tan firmemente habían confiado.

Lo más importante, sin embargo, ha sido que su fuerza y su formidable impulso inicial ha sido frenado por la indecisión y la debilidad de sus jefes, de forma que tan sólo así ha sido posible que la terrible marea de lodo de la contrarrevolución haya arrastrado y ahogado a unos luchadores tan decididos.

En efecto, han sido derrotados. Habrá que pensar que su derrota era un mandamiento de la historia. La revolución no estaba

madura. Los tiempos no eran los más apropiados… Y a pesar de todo la lucha era inevitable! Dejar a los Ernst, Hirsch y demás consortes la posibilidad de retomar la Prefectura de policía, convertida en una especie de *palladium* de la revolución, hubiera sido la verdadera derrota y el indiscutible deshonor. La lucha le fue impuesta al proletariado por toda la camarilla de Ebert, y las masas berlinesas se levantaron entonces, con un espontáneo rugido, abatiendo toda clase de dudas e incertidumbres.

En efecto, los obreros revolucionarios de Berlín han sido aplastados, y los Ebert-Scheidemann-Noske han resultado victoriosos. Se han alzado con la victoria porque los generales, la burocracia, los señores de las chimeneas y de los bancales de lechugas, los clérigos, los sacos de dinero y todo lo que es asmático, limitado y retrógrado, les han ayudado apoyándose en las bombas de gas, las metralletas y las granadas.

¡Pero hay victorias que son derrotas y derrotas que son victorias! Los vencidos de la semana sangrienta de este enero han combatido gloriosamente. Han luchado por una gran causa, por los objetivos más nobles para una humanidad sufriente, por la liberación material y espiritual de las masas esclavizadas. Han vertido su sangre por una tarea sagrada y por ello su sangre es también sagrada. De cada gota de esa sangre nacerán los vengadores de los que han caído ahora. De cada fibra aplastada surgirán nuevos combatientes, porque su causa es eterna e imperecedera como el mismo firmamento.

Los vencidos de hoy serán los vencedores de mañana, puesto que la derrota es su mejor enseñanza. El proletariado alemán está falto aún de la necesaria experiencia y de una tradición revolucionaria. Y tan sólo a fuerza de tener su calvario, de aprender a costa de caídas y errores juveniles, de sufrir en su carne el dolor de los fracasos, podrá al fin adquirir la formación práctica que le garantice la victoria final.

Para las fuerzas primitivas de la revolución, elementales y en su natural desarrollo, la derrota debe significar ante todo una cosa: el estímulo. Porque, de derrota en derrota, su camino acabará por llevarlas al éxito.

… Y de los vencedores de hoy, ¿qué decir? ¿Qué decir que no sea calificarlos como un informe amasijo sangriento arrastrándose

en favor de una causa sin nombre? ¡Son los enemigos mortales del proletariado! Miradlos bien, porque basta con mirarlos, para comprender que, hoy ya, son los prisioneros de sus propias víctimas. La socialdemocracia presta aún su nombre a la firma del Santo Imperio romano-germánico, pero su plazo no es más que el cuarto de hora escaso de gracia que se le concede al condenado. Los traidores están ya de hecho en la picota de la historia. El mundo no ha conocido jamás a unos Judas semejantes, pues no se han conformado con vender una causa sagrada, sino que han clavado la cruz con sus propias manos. Lo mismo que la socialdemocracia oficial en agosto de 1914, ésta de ahora, mucho más vergonzante, ofrece la misma imagen execrable. La burguesía francesa, para encontrar a sus verdugos en junio de 1848 y en mayo de 1871 debió buscarlos entre sus propias filas. La burguesía alemana no ha tenido necesidad ni siquiera de esto, porque los mismos socialdemócratas se han ofrecido para realizar tan sucio, despreciable y sangriento trabajo. Los Cavaignac y los Galliffet están personificados hoy en Noske, que se denomina a sí mismo como «el obrero alemán».

El sonido de las campanas llama a la masacre. Con música y pañuelos agitados, los capitalistas salvados del «terror bolchevique» festejan aún a la soldadesca providencial. La pólvora humea aún y el fuego del asesinato de los trabajadores se incuba sobre la ceniza. Los proletarios caídos se remueven aún donde han caído y los heridos todavía sangran por sus heridas… Pero ellos no piensan más que en hacer desfilar a los batallones asesinos, mientras que los señores Ebert, Scheidemann y Noske se exhiben inflados por un orgullo falsamente victorioso.

Entre tanto, el proletariado de todo el mundo se dispone a rechazar las manos que los vencedores pretenden tender a la Internacional, unas manos impregnadas aún con la sangre de los obreros alemanes… Contaminados, excluidos de toda humanidad decente, arrojados a golpes de látigo de la Internacional, odiados y malditos por todos los trabajadores: tal es el destino de nuestros vencedores.

Alemania entera ha sido sumida en la vergüenza más absoluta… por ellos. ¡Los traidores de sus hermanos gobiernan hoy al pueblo alemán! ¡Unos asesinos fratricidas erigidos en gobernantes! Es

evidente que su gloria no puede durar mucho. ¡Apenas si un cuarto de hora de gracia! Porque su reino acabará por encender de nuevo en los corazones la llama de la revolución. En efecto, la revolución del proletariado que ellos han pensado sofocar con la sangre, se alzará por encima de sus cabezas… como un gigante demoledor. Y su primera consigna será la siguiente: «¡Abajo los asesinos de obreros Ebert-Scheidemann-Noske!».

Los vencidos de hoy saben algo que no sabían. Están curados de falsas ilusiones. Hoy saben que no cabe confiar en el apoyo de nadie, salvo en sus propias fuerzas. Ni siquiera deberán confiar en los jefes, posiblemente impotentes o incapaces. Los vencidos de hoy están curados de toda fe centralizadora, de toda creencia en la sabiduría del partido, sobre todo si éste se autodenomina de «independiente». Los revolucionarios han aprendido que, tan sólo confiando en ellos mismos, podrán librar las batallas futuras, consiguiendo por ellos y para ellos las victorias del porvenir. La palabra siguiente a la emancipación de la clase obrera no puede ser otra más que la obra de la propia clase obrera. Es el derecho que se habrá ganado a lo largo de numerosas experiencias como la de la última semana. Y entonces hasta los soldados, engañados y ofuscados, reconocerán rápidamente el juego que se ha estado jugando con ellos, lo cual ocurrirá cuando sientan abatirse de nuevo el látigo del militarismo sobre ellos, despertando así de la borrachera que actualmente les aturde.

¡«Espartaco» ha sido aniquilado! Es cierto. Pero nosotros seguimos aquí. No hemos huido ni hemos muerto. Y aunque nos encadenen, seguiremos aquí, continuaremos estando aquí… hasta que consigamos alzarnos con la victoria que pretendemos. «Espartaco» significa fuego y espíritu, significa alma y corazón, significa voluntad y acción en favor de la revolución del proletariado. «Espartaco» significa toda la miseria actual y la natural aspiración a la felicidad, significa y encierra en sí toda la conciencia de clase del proletariado y toda su audacia para la lucha. «Espartaco» significa socialismo y revolución mundial.

El camino de Gólgota para la clase obrera no se ha terminado aún. Pero el día de la liberación está cada vez más próximo. Será el día del juicio de los Ebert-Scheidemann-Noske y de todos los poderosos del capitalismo que hoy se ocultan tras ellos. Las olas de

los acontecimientos se levantan hasta el cielo… y nosotros estamos ya acostumbrados a ser arrojados desde lo más alto a lo más profundo, pero también estamos habituados a la trayectoria inversa, lo que no evitará que nuestro navío siga inflexible su ruta hacia el destino que tiene marcado.

Que nosotros estemos o no entre los hombres, cuando dicha meta sea conquistada, es lo de menos, porque nuestro programa seguirá vivo para regir el mundo de la humanidad liberada… ¡A pesar de todo!

¡A pesar de todo! A pesar de todos los fracasos y derrotas previas, el ejército aparentemente adormecido de los proletarios se despertará como ante las trompetas del juicio final, y los cadáveres de todos los luchadores asesinados se pondrán de pie para pedir cuentas a los que sólo se merecen sus maldiciones. Hoy no se oye más que el rumor subterráneo del volcán, pero mañana estallará en erupción para sepultar a los actuales vencedores entre las cenizas abrasadoras y sus ríos de lava.

MANIFIESTO DEL PARTIDO COMUNISTA ALEMÁN

A los obreros y obreras
A los soldados revolucionarios de Alemania

El Gobierno de Ebert y de Scheidemann ha hecho asesinar a Karl Liebknecht *y a* Rosa Luxemburgo. Los relatos que publica con respecto a su asesinato no son más que mentiras descaradas. Karl Liebknecht no ha sido muerto al tratar de huir, por la sencilla razón de que no se le pudo pasar por la mentes huir. Karl Liebknecht ha sido asesinado por la soldadesca del Gobierno Ebert-Scheidemann, como lo fueron los obreros hechos prisioneros sin armas en el edificio del *Vorwaerts, y* cuyos cuerpos están tendidos en el patio del cuartel Alejandro. Rosa Luxemburgo ha muerto en el automóvil, de un tiro de revólver disparado por un desconocido, dice el informe mentiroso del Gobierno. Pero nadie creerá que cualquiera pueda montar en un automóvil en plena marcha y lleno de hombres armados, y elegir su víctima entre todos los que se encuentran dentro. O bien, Rosa Luxemburgo ha sido transportada sin guardia, a fin de que un asesino pagado pudiera matarla más fácilmente, o bien ha sido asesinada por la soldadesca de Ebert y Scheidemann. La desaparición de su cuerpo tuvo por objeto hacer desaparecer al mismo tiempo las huellas del asesinato.

Ante el proletariado alemán y el proletariado internacional, nosotros acusamos al Gobierno Ebert-Scheidemann de ser responsable de este crimen. Ninguna frase de disculpa podrá lavarlo de esta acusación, pues si intentase hacer recaer la responsabilidad sobre los oficiales o los soldados, los obreros y obreras de Alemania, le responderían: «No sólo sois asesinos, sino que sois también cobardes, pues ¿quién confiere a los generales del káiser a los Márker, a los Lüttwitz y demás soldadotes de Guillermo, el poder de

decidir de la vida y la muerte de los obreros de Berlín, sino el Gobierno de Ebert y Scheidemann? ¿Quién ha dejado impune el asesinato de los siete parlamentarios sin armas de la guarnición del *Vorwaerts*, concediendo así carta blanca para todos los asesinatos cometidos por una soldadesca excitada, sino el Go bierno de Ebert y Scheidemann? Después de haber aplastado y desarmado a los obreros de Berlín, con ayuda de la juventud dorada, de mercenarios pagados y de los generales, se proponía, asesinando a Karl Liebknecht y a Rosa Luxemburgo, decapitar al proletariado alemán, para poder, sin peligro, venderlo a los capitalistas, a la Asamblea Nacional. ¡Obreros y obreras de Alemania! ¡Soldados revolucionarios!

Todas las palabras son demasiado débiles para expresar junto a los cuerpos aún calientes de nuestros grandes campeones de la revolución proletaria, los sentimientos que llenan y desgarran nuestros corazones. Las quejas y maldiciones están de más aquí. Nuestros muertos vivirán para siempre en el corazón del proletariado alemán, del proletariado internacional, pues ellos son los que en la hora en que la democracia vendía a los obreros alemanes al Moloch de la guerra, alzaron valientemente la bandera de la revolución proletaria y, sin preocuparse de la cárcel ni del presidio, llamaron a los obreros revolucionarios a luchar para liberarse de las garras del capitalismo asesino. Sus nombres quedarán eternamente grabados en los anales de la Internacional, como los nombres de quienes, en medio de la matanza universal, empeñaron la lucha contra el capitalismo mundial, al grito de: *¡Proletarios de todos los países, uníos! En este momento, no se trata de lamentarse, ni de querer vengar ciegamente, en la persona de los asesinos, el asesinato de nuestros grandes campeones.* Se trata de jurar ante estos dos cuerpos ensangrentados, *que nosotros llevaremos su obra hasta el fin,* que izaremos la bandera de la revolución proletaria en la cima de la ciudadela del capitalismo, en el edificio del Gobierno social-traidor. La lucha será larga. En esta lucha debemos obedecer, no a sentimientos, sino a la fría razón. Comprendemos muy bien que muchos de vosotros querrán vengar en la persona de Scheidemann, de Ebert y de Noske, el cobarde asesinato de que ellos son responsables. *Obreros, nosotros os ponemos en guardia contra atentados terroristas en la persona de los jefes de ese Gobierno de*

traidores. Vendría en seguida otro canalla a ocupar el lugar de ese canalla muerto; el capitalismo alemán es suficientemente rico para comprar nuevos Judas, y explotará cualquier atentado contra las personas sagradas de los miembros de un Gobierno que le es devoto para hacer caer de nuevo sobre vuestras cabezas su espada nuevamente afilada, mientras vosotros no estéis agrupados y organizados para la lucha decisiva. Y precisamente porque no ha llegado todavía el momento para esta lucha decisiva, es por lo que os ponemos en guardia contra toda acción prematura.

¡Obreros! La insurrección berlinesa del 6 al 12 de enero, que provocó el Gobierno de Ebert y Scheidemann, ha terminado con la derrota del proletariado. Es evidente que una gran parte de la clase obrera no se ha liberado aún de la influencia de los social-traidores. Solamente en una pequeña parte de Alemania los obreros han sabido transformar los Consejos de Obreros y Soldados en órganos de combate contra el Gobierno de lacayos del capital. Toda acción armada prematura no serviría más que para proporcionar al Gobierno de Ebert y Scheidemann la ocasión de destrozar a la vanguardia del proletariado, antes que el grueso del ejército pueda acudir en su socorro.

Nuestra victoria es segura. El Gobierno, perro de presa del capital, no podrá contener el paro creciente. El Gobierno, tumbado a los pies del capital de la Entente, no recibirá de él pan, sino tan sólo puntapiés. No se atreverá a ir a buscar pan entre los que detentan la tierra y los campesinos ricos. Ha roto con Rusia, con la Rusia obrera, que nos ha ofrecido pan. El hambre y el paro traerán a nuestras filas a los obreros que van aún a la zaga de Scheidemann y Ebert. Más pronto de lo que ellos piensan serán agarrados de la nuca, por esta Revolución proletaria que creen vencida, desarmada, decapitada. ¡Obreros y obreras, soldados revolucionarios de Alemania!

Id de fábrica en fábrica, de taller en taller, enseñad los cadáveres de Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo y decid: “Los que durante siglos nos han explotado y oprimido, los capitalistas, los latifundistas, los banqueros, los mercaderes, todos esos están bajo la protección del Gobierno de Ebert y Scheidemann y engordan con el producto de vuestro trabajo; pero Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht que durante toda una generación lucharon y sufrieron

por la liberación del proletariado, yacen asesinados por los canallas del Gobierno de Ebert y Scheidemann". *¿Lo soportaréis?*

Los Bethmann, los Jagow, que nos lanzaron a la guerra, los Ludendorff, los Hindenburg, los Falkenhayn, los que nos hicieron asesinar durante la guerra, ésos están libres, pueden emigrar al extranjero con la autorización del Gobierno de Ebert y Scheidemann. Es a ellos, a los Hindenburg, a los Márker, a los Lüttwitz, a quien el Gobierno de Ebert y Scheidemann da hoy plenos poderes para decidir de vuestra vida y de vuestra muerte; pero Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, que os cubrieron con sus cuerpos para defenderos contra el Moloch de la guerra, yacen asesinados por los canallas del Gobierno de Ebert y Scheidemann. *¿Lo soportaréis?*

Si los sentimientos proletarios de los obreros y obreras de Alemania se revuelven contra eso, entonces decidles: ¡Es preciso luchar! ¡El día en que lo que era mortal en Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, se devuelva a la tierra, que ningún obrero consciente se quede en el taller y trabaje para el capital! Todos los obreros por cuyas venas corra aún sangre, deberán lanzarse a la calle. Sin armas, pacíficamente, las masas proletarias deben desfilar a los gritos de:

¡Abajo el Gobierno de Ebert y Scheidemann, que protege a los capitalistas y asesina a los combatientes del proletariado!

¡Abajo todos los auxiliares, los generales y oficiales del káiser!

¡Abajo la guardia blanca de sus mercenarios!

¡Basta ya de armamentos de la burguesía!

¡Abajo los consejos de obreros y soldados que sostienen a este Gobierno de asesinos de obreros!

¡Reelección de los consejos de obreros y soldados!

¡Abajo la Asamblea Nacional de la burguesía y de sus lacayos social-patriotas!

¡Todo el poder a los consejos de obreros y soldados revolucionarios!

Con los estandartes que lleven estas consignas de batalla a todos los rincones del mundo, cubriréis los cuerpos de Karl Liebknecht y de Rosa Luxemburgo, y cuando la tierra haya amortajado sus cuerpos, llevaréis esos gritos de guerra que eran los suyos a vuestros talleres y a vuestras casas, y no deberá cesar el clamor mientras los asesinos no sean derribados, mientras sus cadáveres, políticamente

hablando, no sean arrojados, descompuestos, a los montones de inmundicias de la historia, mientras la liberación del proletariado no se haya realizado. Entonces, pueblo libre sobre una tierra libre, nosotros elevaremos a nuestros mártires un monumento más alto y más indestructible que las pirámides de Egipto: *¡La República soviética de Alemania!».*

Comité Central del Partido Comunista de Alemania
(Liga Espartaquista)

APÉNDICES

A la memoria de Karl Liebknecht

Karl Radek

I

Habéis llorado sobre su cadáver, cuyas heridas claman al cielo contra los social-traidores; lo habéis cubierto con la bandera roja de la revolución proletaria; lo lleváis enterrado para siempre en vuestro corazón. Millones de hombres no saben de él más que una cosa: que, en la noche sombría de la guerra, cruzada solamente por el relámpago de los cañones, salió de las trincheras con un reducido puñado de hombres para luchar en favor de la paz; que, encerrado en la cárcel por los poderosos de la hora, soportó valientemente todos los sufrimientos, que, apenas desencadenado levantó de nuevo el estandarte de la revolución y que cayó, con la bandera en la mano, sobre el umbral de la vida nueva.

Pero yo quisiera que todos los obreros lo conociesen más, y que amasen en él no sólo al mártir, sino al hombre que realmente era, con sus cualidades y defectos. Es preciso que la personalidad de Liebknecht sirva de ejemplo a nuestra juventud, que debe aprender a luchar, a nuestras mujeres, que no deben dejarse deprimir a nuestros hombres endurecidos, cuando se dejan invadir por la duda. No ha llegado aún la hora de trazar la biografía detallada de Karl Liebknecht. Su casa alberga aún a los soldados de la contrarrevolución alemana, y, a la hora en que escribo estas líneas, es imposible hojear los papeles que ha dejado. Obligado a ocultarme, no puedo reunir siquiera los documentos impresos. Pero creo poder dar un juicio de conjunto sobre su vida tan bien aprovechada, y por esto es por lo que quiero hablaros aquí de él.

… Cantos heroicos acompañaron a Karl Liebknecht a lo largo del camino de su vida. Sus primeras impresiones de niño fueron unidas a las persecuciones derivadas de la ley de excepción contra los socialistas. La burguesía alemana y los *'hchenzoleron'* se esforzaban en esta época por ahogar en germen los primeros movimientos socialistas del proletariado alemán. Todo el que propagase la idea criminal de que los vagos no deben enriquecerse con el producto del trabajo de los demás, todo el que se esforzase en abrir los ojos a los pobres y a los desheredados de la fortuna, no podía conocer ya el reposo; se veía obligado a peregrinar de ciudad en ciudad para escapar a la persecución de los gendarmes.

Guillermo Liebknecht permaneció en la brecha y continuó la lucha por el socialismo, cuando fue necesario demostrar que se era capaz de vivir y sufrir por la causa socialista. Karl se debió de preguntar muchas veces de niño qué venían a buscar, por la noche, a casa de su padre, aquella gente extraña que cuchicheaban entre sí como ladrones. No debían de ser malos, ya que, recibidos amistosamente por sus padres, acariciaban dulcemente la negra cabellera del niño. Así fue cómo pasó su infancia, en la época de las persecuciones, como el hijo de un soldado de la revolución. Ser un soldado, un combatiente de la revolución, ¡ese fue el don que recibió en la cuna!

Cayó, al fin, la ley de excepción contra los socialistas. Pero, entretanto, el desarrollo del capitalismo había acrecentado la fuerza numérica de la clase obrera, y este aumento numérico provocó, a su vez, a despecho de todas las persecuciones, el desarrollo de la socialdemocracia. Fue en éste momento cuando apareció la «nueva orientación», el intento de ganar a la clase obrera mediante concesiones sociales, y aunque pronto hizo sitio a nuevas y manifiestas violencias, se comprobó que concediendo a las masas de obreros calificados condiciones de trabajo soportables, el capitalismo creciente las desviaba de la lucha revolucionaria. Exteriormente, el socialismo progresaba. El partido creció numéricamente, los sindicatos se desarrollaron de un modo considerable. En las reuniones de sección, como en los congresos, se adoptaban resoluciones revolucionarias. Pero en la práctica no se luchaba más que por obtener pequeñas mejoras en la situación material de los obreros, y no por fines revolucionarios. Y como los

actos determinan tanto el carácter de los partidos como el de los hombres, la socialdemocracia, a pesar de toda su fraseología revolucionaria, se convirtió en un partido reformista, dejando de ser el partido de la revolución.

Pero Karl Liebknecht, que se iba haciendo hombre en la época de esta remisión del movimiento revolucionario y que seguía con la máxima atención los acontecimientos económicos y políticos, aunque sin participar todavía activamente en ellos, estaba, por el hecho de ser hijo de Guillermo Liebknecht, inmunizado contra este aburguesamiento y mecanización del espíritu revolucionario. Pues, en su casa se guardaban aún las tradiciones de 1848, el espíritu de la revolución y de la lucha por la República.

Hace diez años, cuando conocí por primera vez a los jefes del partido alemán, tuve ocasión de advertir que Karl Liebknecht era uno de los dirigentes serios para quienes el republicanismo no era simple convicción teórica, sino una cuestión de orden puramente práctico. Y sobre todo, lo que saltaba a la vista era lo poco cuajada que estaba en él la concepción de que el desarrollo social sería largo y que el desenlace de los acontecimientos políticos no sobrevendría antes de una época bastante alejada. En esta época, no se trataba tan sólo, para él, de examinar teóricamente las fuerzas que podían turbar a la «pacífica» Europa, pues la situación no era aún revolucionaria. Había que ir primero a las masas para despertarlas.

En esto, se manifiesta uno de los rasgos característicos de Liebknecht. Antes de la guerra, se le reprochaba a menudo que tenía concepciones demasiado «amplias», que acogía con entusiasmo todas las formas de actividad, aunque no tuviesen una gran importancia de principio. Este reproche se basaba en la vitalidad, totalmente extraordinaria en un país como Alemania, de Karl Liebknecht, que no le permitía renunciar por consideraciones de orden doctrinal a ningún medio, fuese el que fuese, de actuar, sobre los obreros. Esto es lo que explica su intervención en el movimiento contra la Iglesia. Tenía una perfecta comprensión de todas las necesidades nuevas, así como de todos los nuevos métodos de lucha.

Cuando empezó a hacer política, comenzaba a manifestarse en Alemania el imperialismo, la tendencia del capital a saltar por encima de las fronteras nacionales a la caza de nuevos beneficios. El

partido comprendió los peligros que esto encerraba para la clase obrera, pero sólo Liebknecht vio en él al Moloch viviente, dispuesto a devorar millones de jóvenes alemanes. Por eso fue uno de los pocos que se dirigieron a la juventud amenazada, para hacerle comprender los peligros que se cernían sobre ella. El partido se burlaba de la agitación antimilitarista. Decía que la educación de la juventud proletaria debía, por sí misma, armarla contra el espíritu militarista, y que la lucha general del proletariado contra el régimen capitalista era al mismo tiempo una lucha contra el militarismo. Liebknecht se daba cuenta de lo que había de falso en estas consideraciones de «principio». Se daba cuenta de que la «educación» de la juventud proletaria no era suficiente por sí sola, sino que había que armarla de un modo especial contra el militarismo. Sabía muy bien que el militarismo no podía ser derrotado por la revolución proletaria más que a la par con el capitalismo; pero sabía también hasta qué punto era importante, para el éxito de la revolución, hacer comprender bien a los jóvenes obreros vestidos de soldados que su liberación del yugo militar no podía ser más que una parte de la emancipación general de la clase obrera del yugo del capitalismo. Los líderes del partido se burlaban de los actos aislados de aquella «cabeza loca»; pero el joven Liebknecht no se dejó desviar de su propósito. Su espíritu revolucionario se oponía a ello resueltamente.

La conciencia del inminente peligro internacional reforzó en Liebknecht los sentimientos internacionalistas que había heredado de su padre. Era uno de los pocos que, en Alemania, se interesaban activamente por lo que pasaba en los partidos hermanos, no sólo en Francia y Rusia, sino también en los Balcanes.

Sus viajes a América y Francia, las estrechas relaciones que mantenía con los camaradas rusos, indican la importancia que concedía a la necesidad de las relaciones internacionales. Y ¡con qué interés, con qué curiosidad de detalles, al trasladarse con León Trotsky y conmigo desde Berlín al Congreso internacional de Copenhague, nos hacía preguntas sobre la situación de Rusia!

Para Liebknecht, la Internacional no era sólo un lazo formal que unía entre sí a un cierto número de partidos; era, como había de decir después en el programa del grupo Espartaco, su verdadera patria.

Las notables dotes políticas de Liebknecht habían de hacerle detestar, ya antes de la guerra, por una parte a los líderes de la socialdemocracia, mientras, por otra parte, *le* conquistaban la popularidad en el seno de las masas obreras y en la Internacional. Superaba demasiado el nivel medio del partido alemán para que no se le acusase de ser un ambicioso. A esto se unían sus cualidades de hombre que lo distinguían del tipo ordinario de los jefes del partido. Amaba la vida, tomaba de ella cuanto le atraía. Había tan poco de filisteo en aquel Absalón, tan poca hipocresía, que muchos no veían la gravedad profunda, la dulzura y la delicadeza de su carácter. Nunca olvidaré aquel día en que, paseándonos, comenzamos a hablar del Peer Gynt. Él lo había leído en la traducción de Passarge y yo le alabé la finura de la de Morgenstern. Vino a mi casa y leyó durante tres horas, hasta mucho después de medianoche, la traducción de Morgenstern. Al llegar a la escena en que Peer Gynt oye en el ruido de las hojas la queja de los cantos que no ha entonado, de las lágrimas que no ha derramado, de las luchas que no ha sostenido; la queja de una vida que no ha sido completa, su rostro se contrajo y dijo: «No disponemos más que de muy poco tiempo y, a pesar de eso, hay que vivir una vida completa». Ya antes de la guerra era un fogoso agitador, un hombre político vigoroso, un cerebro en ebullición permanente, alegre, de buen humor, amado por los obreros, amado por las mujeres, un hombre dispuesto, como dicen los polacos, al combate tanto como al placer. Era, en todo, un hijo de su padre, del gran tribuno, del hombre alegre que sabía reír como un niño.

Vino la guerra y el fuego de la guerra forjó en él, con todos estos elementos de temperamento y de carácter, al héroe de la clase obrera alemana.

II

Estalló la guerra. Y con las primeras noticias, se extendió por el extranjero el rumor de que Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo habían sido fusilados. Esta noticia se anticipaba a la realidad, pero indicaba que en el extranjero, tanto los amigos como los enemigos

sabían perfectamente de dónde vendría la lucha contra la guerra. Liebknecht se vio sorprendido por los acontecimientos. En el umbral del período heroico de su vida, pagó su último tributo al partido, cuyo espíritu revolucionario no era más que un sueño.

La idea de que el 4 de agosto no sería más que un episodio pasajero, lo movió a observar la disciplina y a renunciar este día a una protesta pública contra la guerra. Al cabo de algunos días, se dio cuenta de que había cometido un grave error. Se unió a Rosa Luxemburgo, cuya línea política, fundada en una base teórica sólida, era extraña a su naturaleza amplia, y así fue como ambos sellaron, a pesar de la diferencia de temperamentos, una alianza a vida y muerte. Durante las primeras semanas de la guerra intentaron establecer contacto directo con las masas obreras, pero el Gobierno se opuso a ello. Liebknecht estaba decidido a levantar el estandarte de la rebeldía ante la ocasión que le brindaba la segunda votación de los créditos de guerra. Intentó entenderse con los catorce diputados que en el seno de la fracción parlamentaria socialdemócrata, habían votado como él en contra. Liebknecht, a quien los renegados reprocharon después que sólo obraba por ambición, por brillar por encima de los demás, luchó hasta el último instante por atraer hacia él, por lo menos, a uno o dos de sus vacilantes colegas. ¡Qué doloroso es tener que consignar que, a pesar de todos sus esfuerzos, no logró arrastrar a un solo hombre, en una fracción que contaba más de cien; y que no pudo hacer comprender a ninguno que había que romper con todos los compromisos! Así se demostró que en el fondo, la quiebra de los jefes planteaba un problema de orden moral. Liebknecht se quedó solo. Sus rasgos se ensombrecieron, en torno de su boca se dibujó un pliegue amargo. Se decidió a obrar solo, desatendiendo los prudentes consejos de sus amigos. Yo vi desvanecerse sus últimas dudas y nacer en él aquella gran fuerza moral que no había de abandonarle hasta la muerte; la firme decisión de preparar el despertar del socialismo, aunque tuviese que soportar todos los golpes.

Abrazó públicamente la lucha para levantar de nuevo la bandera socialista, manchada por la traición. Toda la prensa intentó desacreditarlo, ya por medio de la calumnia, ya ridiculizándolo. Trataron de desmoralizarlo por la amenaza o sugiriéndole que se

sacrificaba inútilmente. Pero millares de hombres se unieron a él. Su declaración sobre las razones de su voto aislado circulaba, reproducida, en millones de ejemplares, de mano en mano, despertando las conciencias y uniendo a hombres y mujeres para la acción. Liebknecht se hizo así el jefe de la oposición contra la guerra. Cuando fui a Suiza, a fines de diciembre de 1914, pude darme cuenta de las vastas repercusiones internacionales de su acto. Fue el primer signo visible que indicaba que en Alemania quedaban todavía fuerzas revolucionarias. Lenin, aquel hombre sencillo, sin fraseologías, que quizás sentía más profundamente que nadie la gravedad de la bancarrota de la Internacional, comprendió inmediatamente que la decisión tomada por Liebknecht de levantar bandera de rebeldía contra el conjunto de la fracción, tenía un alcance incalculable. El nombre de Liebknecht se hizo uno de los más populares en el seno de la vanguardia creciente del proletariado ruso, así como también en Francia e Italia. En *El fuego*, Barbusse celebró a Liebknecht como el único alemán cuyo ejemplo brillaba hasta en los últimos puestos del socialismo francés como una estrella en las tinieblas. Cuando en septiembre de 1915, las diferentes fracciones de la vieja Internacional se reunieron en Zimmerwald, y cuando Ledebour, en nombre de sus partidarios (los futuros Independientes), replicó a los ataques de la izquierda, declarando que no existía tal fracción Liebknecht, Trotsky, en medio de los aplausos unánimes de los franceses y los italianos, le gritó: «Para nosotros, es la única que existe».

Obligado por las denuncias de la prensa social-patriota a permanecer en Suiza, no volví a ver a Liebknecht en todo el año. Pero, en cada una de sus *Cartas de Espartaco*, en cada una de sus *Pequeñas preguntas*, se me aparecía su rostro endurecido por la lucha. Estaba dispuesto a sacar y arrostrar todas las consecuencias de su acto… A una de las cartas clandestinas en que le conjurábamos a no exponerse demasiado, me contestó en una tarjeta postal dirigida desde Lituania con la siguiente cita de Eurípides, uno de sus poetas predilectos:

¡No ames demasiado el sol
ni demasiado tampoco las estrellas!

No citaba, sin embargo, el siguiente verso del poeta:

Y sígueme a la sombría tumba.

Pues toda afectación le era extraña, a él, cuya vida no fue más que un acto heroico. Todo el que haya conocido a Liebknecht antes de la guerra y durante la guerra, habrá podido ver cómo la formidable responsabilidad que pesaba sobre él, le había convertido, del hombre amante de la vida e indulgente que era antes, en un luchador irreductible, tal como la época lo demandaba.

Cualquiera que lo conociese antes de la guerra y en el curso de ella, pudo advertir que su carácter había adquirido una dureza metálica.

Cuando recibimos la noticia de su detención en la plaza de Potsdam, muchos camaradas en el extranjero se preguntaron por qué, dada su situación particularmente expuesta, había tomado parte en la manifestación. Muchos vieron en eso una prueba de exaltación interior, que un jefe debe saber dominar. Lo que al día lo lanzó a la calle fue la conciencia de su deber. La confianza en el socialismo estaba tan sumamente quebrantada en el seno de las masas, a consecuencia de la traición de la socialdemocracia, que el que quisiera crear una nueva fuerza revolucionaria, no podía limitarse al papel de los generales del Estado Mayor en la retaguardia del frente de combate.

La «ligereza» de Liebknecht era, en realidad, una profunda certeza, y su martirio en la penitenciaría ha hecho más por la revolución que la acción «prudente» de todo un partido. La célula del *Soldado en armas* que era Liebknecht se convirtió en el centro de una poderosa fuerza normal, que ningún artificio gubernamental podía ahogar. El acto heroico de Liebknecht produjo en el mundo entero el efecto de un clarinazo y sirvió de ejemplo para otros actos semejantes.

Estalló la Revolución Rusa; el primer ejército del imperialismo. Sentados en Brest-Litovsk, delante de la mesa de negociaciones, con el conde de Mirbarch y con el general Hoffman, nos dirigíamos, por encima de sus cabezas, al presidiario Liebknecht y a sus amigos. El proletariado alemán respondió a nuestro llamamiento. Estalló la huelga de enero. Ninguno de nosotros pensó que aquello era la victoria, que el imperialismo alemán iba a ceder, y, a pesar de todo, Trotsky rechazó todo compromiso. Se trataba de demostrar al proletariado alemán, a pesar del peligro, que teníamos confianza en

él. Se trataba de demostrar al proletariado mundial que el imperialismo alemán podía destrozarnos, pero que, voluntariamente, no queríamos contraer con él ningún compromiso. Más tarde, cuando nos vimos obligados a firmar el Tratado, a echar sobre nuestros hombros la cruz de Brest-Litovsk y a retroceder, nos preguntamos varias veces con inquietud: «¿Comprenderán Liebknecht y sus amigos nuestra situación y nuestra táctica?». Y Liebknecht me contaba más tarde lo mucho que había sufrido en su prisión con la idea de que todos nuestros sacrificios pudieran resultar inútiles y de que la clase obrera alemana no se levantase, quizá, a tiempo para aliarse a nosotros. Temía que nos viésemos obligados a ir demasiado lejos en nuestras concesiones y suplicaba a sus amigos, desde el interior de su prisión, que obrasen para librarnos de la suprema humillación.

Por miedo a la revolución amenazadora, el Gobierno imperialista alemán, en vísperas de la bancarrota, devolvió a Liebknecht la libertad. Su primera visita fue para la embajada rusa. En la noche siguiente a su liberación, Bujarin nos anunció que Liebknecht estaba completamente de acuerdo con nosotros. Imposible describir la alegría que experimentaron los obreros rusos al conocer la noticia de la liberación de Liebknecht. Si hubiera podido trasladarse a Rusia en aquella época, ningún rey habría sido recibido en parte alguna del mundo como lo hubiese sido Liebknecht por los obreros rusos.

Cuando fui a Alemania, a fines del mes de diciembre, y pude, después de cuatro años de separación, estrechar la mano de Liebknecht, me dijo tranquilamente, sin la menor decepción: «Estamos nada más que empezando; el camino será largo».

Nosotros estábamos de acuerdo con Rosa Luxemburgo y con él, pensando que no se puede reducir la distancia que nos separa de la meta más que por medio de la agitación, de la propaganda, del trabajo esforzado. Todo el que haya visto cómo trabajaban desde el alba hasta muy entrada la noche, cómo rompieron resueltamente los últimos lazos que los unían aún al mundo de la ineficacia, creando el Partido comunista alemán, cualquiera que haya visto cómo, en medio del torbellino revolucionario, supiera guiar a sus partidarios, podía tener una confianza absoluta en el movimiento comunista alemán.

Liebknecht no había de ver la nueva era. La primera oleada de la revolución proletaria lo llevó más lejos de lo que él quería. En el curso del ataque no vio claramente la distancia que lo separaba de su fin. Cuando la insurrección de enero fue aplastada y el Gobierno social-patriota se esforzó en ponerle la mano encima, nadie se atrevió siquiera a sugerirle la idea de la fuga, aunque se viese claramente que para él la detención era la muerte. Quería salir al encuentro de la campaña de odio provocada contra él. El mismo día en que fuese asesinado, pensaba convocar reuniones públicas para los días siguientes. Entonces fue cuando cayó en manos de los cobardes ávidos de asesinar en él y en Rosa Luxemburgo a la revolución alemana. Cayó en la primera fase de la lucha, lleno de confianza en la victoria final. Cayó como había vivido: luchando. Y nosotros, los que lo conocimos de cerca, con sus cualidades y sus defectos, los que comprendemos la pérdida inconmensurable que ha experimentado la revolución en la persona de este luchador indomable, decimos sobre su tumba: «¡Quedará entre nosotros como un modelo de fidelidad al socialismo, de abnegación y de valor, sin los cuales la revolución jamás podría vencer!». Liebknecht llevaba en sí no sólo la inteligencia de la necesidad objetiva del comunismo, sino que estaba animado además por un profundo anhelo hacia ésa vida armoniosa que sólo cabe dentro del régimen del comunismo, y este anhelo provenía de un inmenso amor y una inmensa bondad, de una viva simpatía por todos los sufrimientos, de una capacidad de sacrificio sin la cual el socialismo no es más que una máscara.

El público no conoce de Liebknecht más que al heroico luchador. El gran número de obreros que se dirigían a él buscando su ayuda como abogado, y que fueron socorridos por él, lo adoraban como hombre. La voluntad de lucha de Liebknecht provenía de su amor a la humanidad unido a la convicción honda de que en la época en que estamos no se puede acudir en ayuda del sufrimiento individual sin empeñar la lucha a muerte por el socialismo. Y en esta lucha, hoy furiosamente desatada, fue cuando él ha caído, donde él sucumbió. Y millares de mártires lo seguirán, hasta que la humanidad sangrante, hambrienta, tenga tiempo para recordar con amor a sus mártires. Su padre se daba el título de *Soldado de la Revolución*. Karl Liebknecht mereció el honor de conquistar este título sucumbiendo en la lucha. La República de los

Sóviets ha creado la insignia de la «Estrella Roja» para sus hijos más valientes. Colocadla sobre la tumba de Liebknecht y que ninguno de nuestros amigos ambicione mayor honor, al conquistar esta insignia, que acercarse al espíritu de Karl Liebknecht, que se ha lanzado por la vía que nosotros juramos seguir hasta el fin, aunque para ganar la «Estrella Roja» hubiésemos de bajar a la tumba.

Berlín, 18 de enero de 1919.

Enero Rojo en Berlín

Romain Rolland

A pesar del sobrecogimiento producido por el asesinato de Liebknecht y Rosa Luxemburgo —ese vergonzoso atentado, ese bestial encarnizamiento con una mujer desvanecida, cuyo cuerpo jadeante es arrastrado por una banda de chacales para entregarse con él a infames profanaciones—, no parece que la prensa francesa[1] se haya dado perfecta cuenta de la gravedad trágica de estas jornadas de enero, no sólo para la revolución alemana, sino para la paz del mundo. Los gobiernos de la Entente y su prensa burguesa dan pruebas de una singular ceguera. Tan singular, que uno se pregunta si no será voluntaria. Llevados del miedo que los invade ante los progresos de la idea comunista en Europa, han saludado con alivio la derrota de los espartaquistas, sin cuidarse de los peligros políticos que su desaparición entrañaba para la Entente. Su preocupación única por los intereses capitalistas los hace desentenderse de la inquietud que estos buenos nacionalistas deberían sentir hacia su nación.

Yo, por mi parte, que he seguido atentamente la marcha de los acontecimientos desde hace dos meses, me he convencido de que la reacción conservadora, militarista y monárquica, en Alemania, avanza a pasos agigantados, con ella se propagan, como una fiebre, los odios nacionales y las ideas de desquite. Y yo os grito: «¡Cuidado!». Vosotros Gobiernos de la Entente, habéis contribuido a ello, con vuestra política torpe y contradictoria, dura y débil al mismo tiempo, con sus provocaciones brutales al orgullo nacional, de una parte, y de otra sus inauditas complacencias hacia ciertos Gobiernos alemanes. Pues decidme, ¿cómo habéis podido, vosotros que reclamáis ruidosamente el castigo del káiser y del kronprinz culpables, cómo habéis podido, cómo podéis aún negociar con un

Erzberger, con el hombre que escribía:

Si se pudiese destruir a Londres entero, sería más humano que dejar desangrarse en el campo de batalla a un solo ciudadano alemán…? Por cada barco echado a pique habría que destruir, por lo menos, una ciudad inglesa… ¡El sentimentalismo en la guerra es una estupidez criminal!

¿*Cómo* podéis apoyar con vuestros votos el triunfo de los Scheidemann, cómplices de la política imperialista, de los Ebert y los Noske, que llaman en su ayuda a los oficiales monárquicos y se inspiran en el Estado Mayor de Ludendorff, espíritu invisible y omnipresente, para aplastar a los espartaquistas, cuando éstos lo que quieren es que se acepten las lecciones de la guerra, que se acepte una paz leal, la reconciliación entre los pueblos?

Gobiernos burgueses de Europa, los intereses de vuestra clase os atan más que los de vuestra patria (y no hablo de los de la Humanidad, pues éstos todo el mundo sabe que os son completamente indiferentes).

Resumo los hechos valiéndome, sobre todo, del valiente periódico de Guillermo Herzog la *Republik*, que ha sabido conservar, en medio del sangriento caos, su firmeza de espíritu. Su punto de vista es el de un intelectual independiente que ama la verdad sobre todas las cosas[2]. Sus simpatías están con el progreso social más franco, con la unión del pueblo trabajador, por encima de las barreras ficticias de los partidos. Pero su instinto de justicia lo lleva, aun condenando las violencias de los dos campos, a defender valientemente a los espartaquistas perseguidos, porque ve en ellos a los más idealistas, los más desinteresados y seguros campeones de la causa del pueblo.

El drama del 6 al 17 de enero se había anunciado por los sangrientos choques del 6 y del 23-24 de diciembre que habían divorciado definitivamente a los socialistas mayoritarios de la Revolución y a los independientes socialdemócratas de los mayoritarios y de los espartaquistas, a los que reprochaban por igual sus violencias. Pero, al retirarse, como protesta, del Consejo Central (*Centralrat der Socialistischen Republik*) el 28 de diciembre, Haase, Dittman, Barth, habían dejado el campo libre a los reaccionarios del socialismo, que llamaron inmediatamente a un hombre de presa, a Noske, gobernador de Kiel. Este personaje, a

quien Liebknecht había de llamar el Cavaignac, el Galliffet de Berlín iba a desempeñar un papel importantísimo en las jornadas de enero.

El 2 de enero, el coronel Reinhardt, nada simpático a las ideas revolucionarias, era nombrado ministro de la Guerra de Prusia. Los independientes, que aún formaban parte del Gobierno de Prusia —Stroebel, el conde Arco, Adolfo Hoffman, Kurt Rosenfeld, Breitscheid, Paul Hoffman, Hofer, Simon[3]—, dimitieron en masa. Según manifiestan en una protesta de 3 de enero, agotaran todos los medios de concordia: se les exigía que firmasen sin discusión el nombramiento del coronel Reinhardt; hasta se les negaba el derecho a conocer la declaración escrita del programa de Reinhardt; el Consejo Central opone a las preguntas más esenciales un mutismo absoluto. Su colaboración se ha hecho imposible.

Entretanto, en diversos puntos se producen sangrientas colisiones entre el ejército contrarrevolucionario y el pueblo: el 30 de diciembre, en Allstein, entre las tropas de artillería que vuelven del frente y las comisiones populares llegadas para recibirlas, con sus banderas rojas; el 3 de enero en Koenigshütte, donde la tropa dispara sobre los trabajadores. La defensa de la frontera del este es una máscara bajo la cual se oculta y abriga la contrarrevolución; los agitadores reaccionarios afluyen a estas regiones. El 4 de enero, en el mismo Berlín, se celebra una reunión pública contrarrevolucionaria, en la que toman parte el conde Westarp, el capitán Nerger y muchos oficiales; en nombre de la asamblea, se envía un telegrama de homenaje al emperador.

Por fin, el 5 de enero, el ministro del Interior decide reemplazar al director de policía, Eichhorn, cuyo espíritu revolucionario es bien conocido, por el antiguo ministro de la policía prusiana, Ernst. Es la última jugada. Es evidente que el gobierno quiere librarse completamente de sus rivales y asegurarse la fuerza para sí, apoyándose en los partidos conservadores. A esta provocación, independientes, espartaquistas y organizaciones obreras de las grandes fábricas de Berlín, responden inmediatamente con un llamamiento a una manifestación en masa. Los jefes espartaquistas, Liebknecht y Rosa Luxemburgo, convierten esta manifestación en un asalto. En la noche del 5, las oficinas del *Vorwaerts y* de la Agencia Wolff, el telégrafo central y la Reichsbank, son ocupados por sus huestes. ¿Cómo han podido recurrir súbitamente a la fuerza

después de haberse comprometido en su propio Manifiesto de diciembre, a no usar nunca de la fuerza más que por la voluntad, claramente manifestada, de las masas proletarias? Sin duda, por la impulsividad apasionada de Liebknecht y de Rosa, por la indignación que los abrasaba, y también por la exasperación de los revolucionarios contra las mentiras de la prensa burguesa (sobre todo del traidor *Vorwaerts*), esa peste de mentira, herencia de cuatro años y medio de guerra y que nunca ha sido más indignante e intensa que después de la revolución. Sea de ello lo que quiera, el paso fatal está dado. La guerra civil se ha desencadenado.

* * *

Al punto, cobra un furor extremo. En la Siegesallee, el día 6 Liebknecht arenga a la multitud:

> *¡El momento de obrar ha llegado! ¡Que la República socialista no sea una mentira, sino una realidad! Hoy comienza la revolución socialista que irradiará por el mundo entero. ¡Hagamos que el gobierno Ebert-Scheidemann, sea puesto en la picota de los pueblos!*

Y Scheidemann, desde una ventana de la cámara imperial, grita a sus partidarios:

> *La porquería (Schweinerei) que reina en Berlín debe acabar. El gobierno va a tomar medidas muy graves. No os puedo decir más. Os garantizo que el gobierno obrará con toda energía contra la minoría de perturbadores. Ésta será ahogada… El gobierno llamará al ejército en socorro suyo… Armaremos a las masas. ¡Y naturalmente, no será con palos!*

El mismo 6 de enero intentan linchar a Liebknecht, cuando pasa en coche por la Wilhelmstrasse.

Noske es nombrado comandante en jefe de las tropas del gobierno. Llama a las tropas de todas partes, a la artillería del frente. Hace venir de Kiev, a su guardia pretoriana, su «división de hierro», 1400 hombres que le son totalmente leales. Forma una guardia blanca de estudiantes burgueses; el rector y el senado de la

Universidad berlinesa acuerdan suspender las clases durante una semana para permitir a los estudiantes ponerse al servicio del gobierno.

En Berlín reina una excitación espantosa. Entre el 7 y el 10, noche y día, disparos y ruidos alarmantes que la prensa propaga. Las tropas del gobierno están reunidas en el Centro; el este es el cuartel general de los revolucionarios, que continúan sus éxitos, se apoderan de las casas editoriales Scherl, Mosse, Ullstein, así como de los periódicos que en ellas se editan. Pequeñas escaramuzas por todas partes. La nerviosidad general es tal, que el puesto de guardia de la Wilhelmstrasse lanza granadas de mano sobre un grupo de paseantes burgueses inofensivos.

En vano Ledebour primero, luego Kautsky, Oscar Cohn, Dittmann, Breitscheid, agotan sus esfuerzos para llegar a una inteligencia entre los partidos enemigos. En vano lanza un aeroplano, el 9, sobre la ciudad, millares de proclamas firmadas por los Consejos de soldados de *Marina*:

> *¡Basta de sangre! ¡Queremos, por fin, la paz! ¡No es la fuerza bruta, sino la razón, la que conduce al fin!*

En vano, el mismo día, el Consejo central de la Marina dirige a todos los socialistas y al Gobierno una emocionante proclama, conjurando tanto a Eichhorn como a Scheidemann, Ebert, Noske y demás jefes a deponer su amor propio y sus querellas:

> *Camaradas Scheidemann, Ebert, Noske, Lansberg, Eichhorn, ¿amáis aún al pueblo? ¿Lo habéis amado jamás? ¡Dejad el sitio a otros! ¡El amor propio y el duro egoísmo no deben ser la regla de nuestra conducta! ¡La sangre del pueblo es más preciosa que vuestros puestos! ¡Que la unidad del pueblo sea vuestra suprema ley!*

En vano, el 10 de enero, 40 000 obreros de Berlín deciden realizar la unión de los trabajadores de todos los partidos socialistas, con los jefes, *si* éstos quieren, si no contra los jefes, para hacer cesar la sangre. En vano organizan cortejos, manifestaciones, llamando a la unión; en vano nombran una Comisión integrada por mayoritarios, independientes, revolucionarios, espartaquistas que

busquen una nueva base de concordia. Del lado espartaquista aún estarían dispuestos a la conciliación, mediante ciertas garantías. Pero el gobierno tergiversa, da rodeos, con el fin de ganar tiempo para reunir tropas. En el fondo, tropieza con su orgullo inhumano, resuelto a quebrantar todas las oposiciones. Tal es, en algunas semanas, la embriaguez brutal del poder, que a estos mayoritarios socialistas, la simple proposición de discutir sus órdenes, les parece un crimen de lesa majestad. Los hombres que distribuyen la llamada, tan generosa, a la conciliación, del Consejo central de la Marina, son detenidos, asaltados en la calle, tratados de «bolcheviques, de salteadores, de asesinos, de agentes de la Entente», amenazados, golpeados en el rostro. Se oye gritar: «¡Fusiladlos!… ¡No, arrojadlos al agua!».

El 10, el gobierno tiene todas sus fuerzas reunidas; rompe las negociaciones. Los revolucionarios, arrinconados y obligados a la lucha suprema, lanzan la llamada al combate y a la huelga general. Inútilmente llegan de los gobiernos de Baviera, Aldemburg, Brunswick, telegramas enérgicos, suplicando al gobierno de Berlín que renuncie a su política de violencia…

> *Es preciso que eso acabe —escribe Kurt Eisner—, si no queremos que Alemania entera se aniquile. La única salvación parece estar en un gobierno que merezca la confianza del pueblo, en que estén representadas todas las tendencias del socialismo y que esté resuelto a continuar, sobre el terreno de la revolución, la marcha de la democracia y del socialismo hasta la victoria. Por todas partes, en el sur de Alemania, se levanta la cólera del pueblo contra Berlín…*

Pero, escribe Guillermo Herzog, *el gobierno permanece duro. Despiadado. Inhumano. Se apoya, como sus predecesores imperialistas, en la fuerza de las armas. Noske quiere ser el Hindenburg de la Revolución. Ludendorff, se dice, está a veinte minutos de Berlín. Los Scheidemann y los Ebert se unen con los Dioscuros de la guerra mundial…*

A *la* hora en que verán la luz estas líneas [11 de enero] lo peor estaba hecho, los nuevos versalleses habían hecho su entrada en Berlín.

El 11 de enero es la jornada terrible, la jornada de triunfo para

la prensa burguesa, cuyos relatos de combates parecen comunicados rebosantes de júbilo de la victoria nacional. Las tropas de asalto avanzan por la Belle-Alliancestrasse y por la Blücherstrasse, con lanza minas, pesadas ametralladoras y granadas de mano. Es bombardeado el *Vorwaerts*; cincuenta y cinco cañonazos en una hora. Luego, como dicen alegremente los periódicos, «entran en juego las granadas de mano; cada soldado tiene quince granadas». Bajo las ruinas del *Vorwaerts* yacen cien muertos y heridos; un herido grave, mutilado, ha sido lanzado sobre una casa vecina. Los espartaquistas que se rinden, sollozan de conmoción. Y naturalmente, el buen pueblo feroz, el pueblo eterno de Shakespeare, se lanza sobre los desgraciados prisioneros y los maltrata. El barrio rebosa de alegría. Las mujeres y las jóvenes sobre todo, deliran de rabia; les parece que los canallas no han sufrido bastante. Un pensionado de señoritas está en plena efervescencia… «*Freudensfest…*». Fiestas jubilosas… La prensa azuza a la jauría. «*Reina el mismo júbilo* —dice Wilhelm Herzog—, *que después de la victoria de Tannenberg y el torpedeo del* Lusitania…».

Sólo una cosa, escribe la Deutsche Tageszeitung, «nubla la alegría popular; el pensamiento de que Liebknecht y Rosa se han escapado. Por todas partes se expresa este voto: ¡Esperemos que esos vampiros sean apresados pronto!».

El Consejo central (*Vollzugsrat*) de los obreros independientes, hace visitas a los prisioneros y publica un relato impresionante del estado en que encuentra a trescientas personas amontonadas en la cuadra sin luz de un cuartel, después de haber sufrido las brutalidades bestiales del público burgués; siete de estos desgraciados han sido fusilados ya a la entrada del cuartel, por los soldados furiosos. La tropa que los custodia es el regimiento de Potsdam, al que pertenece el teniente-príncipe de Hohenzollern. *Un Hohenzollern combatiendo por la seguridad de Ebert*.

* * *

Los *Alldeutschen*[4] triunfan. En una reunión celebrada el día 13, el pastor Traub dice: «No fue el Gobierno el que nos ha desembarazado de los espartaquistas, fueron los cazadores de Potsdam (*Potsdam Riger*)[5]… Muchos son los que aspiran en estos

días al retorno del antiguo régimen. (*Ruidosa aprobación*). Nosotros no nos olvidaremos de saludar a nuestro emperador alemán, Guillermo. Saludamos también a Ludendorff». (*Ruidosas aclamaciones*). Gritos: «¡Y a von Tirpitz!». El consejero áulico Hoetsch, dice: «Nadie nos arrancará del corazón el amor por la idea monárquica. La obra de Bismarck no está destruida para siempre; de las ruinas saldrá un nuevo y fuerte imperio alemán… No olvidaremos a Alsacia y Lorena… Gritaremos, por todos los ámbitos del mundo: "¡No renunciamos!". (*Tempestad de aplausos prolongados*). Yo no pierdo la esperanza de que llamaremos a nuestra Casa imperial». (Entusiasmo indescriptible, gritos y aclamaciones durante algunos minutos. La asamblea saluda la bandera negra-roja-oro, y se cantan a coro los antiguos himnos imperiales: *¡Heil dir in Siegerkranz!* y el *Deutschland über alles!*).

El sabio G. Fr. Nicolai, perdido en medio de esta locura, eleva su voz de razón, entristecida, que ahoga la batahola de rabia y de dolor. «¡*Contra el Terror y el Odio! ¡Por el amor fraternal y por la Humanidad!*». En noviembre último, Nicolai, desterrado por el Gobierno imperial, al escribirme desde Suecia, en el momento de volver a entrar en la Alemania de la Revolución, y presintiendo ya los desgarramientos próximos, me decía cuánto más fácil es guardar la fe optimista en el progreso humano cuando no se ve a los hombres, desde el fondo de una cárcel, que cuando se les vuelve a encontrar después de salir del cautiverio. Los artículos de Herzog revelan un amargo desaliento:

> *El pueblo alemán no ha cambiado… Este pueblo sigue tan engañado, tan envenenado como durante la guerra, sigue llevando en la masa de la sangre el respeto a la fuerza; siempre las viejas fórmulas del antiguo régimen: «¡Por el bien de la patria, por la paz, por la libertad!». Siempre la misma ceguera popular… de 1914 a 1918 se nos tildaba de traidores en el país de los ententistas. En 1919 se nos trata de bolcheviques, de espartaquistas, de defensores de los ladrones y asesinos. ¿Por qué? Porque reclamamos justicia para nuestros conciudadanos. Porque creemos que Alemania no puede recobrar su puesto honroso y respetado en el mundo más que después de haber depurado toda su vida pública. Porque las ideas del socialismo están en gran peligro por las mil fuerzas de reacción del mercantilismo y la violencia… ¡Seamos leales hasta el último minuto! Pero, poca ayuda se puede aportar a este pueblo…*

Ningún sentido político… Se desespera uno ante los resultados de una educación de medio siglo de mentira y de culto a la fuerza.

Kurt Eisner, en un discurso pronunciado en Munich el 14 de enero, fustiga al dictador Noske:

Un gobierno Noske es tan peligroso como un gobierno bolchevique. Es de los consejos del pueblo de donde debe salir la voluntad del pueblo. Nuestra ambición personal es el trabajo en común para la salvación del socialismo.

Y el 15 de enero, los Consejos de trabajadores independientes de Berlín, en una reunión plena, protestan indignados contra un gobierno que se apoya, por una parte, en los peores elementos del canalla y, por otra, en todas las fuerzas de la reacción. «*En los generales se encarna un espíritu que nosotros debemos combatir aún más que a Espartaco*», dice Molkenbuhr, entre ovaciones prolongadas.

Nada detiene la reacción militar lanzada sobre su presa. Del 14 al 15 de enero, los oficiales detienen (y a menudo, por su propia autoridad, sin órdenes del Gobierno) a Ledebour y a Meyer, a Kautsky, a Franz Pfemfert, director de la revista *Die Aktion*; al escritor Karl Einstein, gravísimamente herido; al capitán pacifista von Beerfelde, cuyo valiente discurso —pronunciado en la primera asamblea pública de la Sociedad «Nueva Patria» (*Bund Neues Vaterland*)— citaba yo anteriormente. Las oficinas mismas del *Bund* son registradas y clausuradas, bajo la ridícula inculpación de que son un foco de espartaquismo (*Spartakische Zentrale*). Ha llegado la hora de asestar el golpe definitivo. El 15 de enero por la noche, Liebknecht y Rosa Luxemburgo son asesinados.

El número de la *Republik*, que lo anuncia (¡por primera vez el 17 de enero!) es de un aspecto trágico. La primera página entera la llena una carta célebre de Hoelderlin (*Hyperion en Bellarmin*, 1798), donde el desgraciado genio expresa su amargo aislamiento entre los bárbaros de su patria. Se vuelve la página y se lee:

La repugnancia y la vergüenza nos cierran la boca ante el crimen que han perpetrado las masas groseras y engalladas. La humanidad no existe

ya, los hombres son bestias, deliran… Las palabras son demasiado débiles para expresar tanta monstruosidad.

Sigue un relato breve, de un miembro del Consejo central de obreros y soldados de Gross-Berlín: el cuerpo de Liebknecht ha sido depositado en la Morgue, «como cadáver desconocido», por un teniente, el 15 de enero, a las once y veinte de la noche.

* * *

Todo el mundo conoce el relato oficial de la *Agencia Wolff*. Liebknecht, detenido el miércoles 15, a las nueve y treinta de la noche, por la guardia burguesa de Wilmersdorf, fue conducido al Estado Mayor de la Caballería de la guardia, emplazado en el Hotel Edén; se dio orden de conducirlo a la prisión de Moabit; pero, a la salida del hotel fue herido gravemente en la cabeza por la multitud congregada; el auto que lo conducía sufrió una *panne* en medio del Tiergarten; y cuando el prisionero se encaminaba a pie con sus guardianes hacia la avenida de Carlotemburgo, para tomar allí otro coche, intentó fugarse y fue alcanzado por varios disparos en la espalda.

Pero hay que advertir que la descripción hecha por los primeros testigos que pudieron, en la jornada del día 16, examinar el cuerpo en el depósito, menciona tres heridas, una muy grave, única mortal, en la frente, *a la* izquierda; la segunda cerca de la clavícula derecha; la última en la parte superior del brazo; las tres hechas de cerca y por delante con una pistola militar de reglamento.

Por otra parte, el hermano de Liebknecht, Teodoro, protestó violentamente, en nombre de la familia, contra el sumario oficial instruido por la autoridad militar encargada de la causa.

En fin, el relato de un testigo que presenció una parte del segundo crimen, cometido un poco después del asesinato de Liebknecht, permite reconstruir la escena.

Rosa Luxemburgo había sido detenida media hora después y conducida igualmente al Hotel Edén. Según el relato oficial, se habían tomado precauciones para despejar los alrededores del hotel, lanzando sobre otra pista a la muchedumbre amenazadora; pero ésta había burlado la astucia; al salir del hotel, Rosa había sido

golpeada, y metida, desvanecida, en el automóvil militar que una patrulla había detenido más lejos a la entrada de Berlín. Unos desconocidos aprovecharon esta detención para lanzarse sobre el coche, apoderarse del cuerpo de Rosa y desaparecer con él en medio de la noche.

Ahora bien, he aquí el testimonio que un soldado envió al Consejo central de los obreros y soldados de Berlín. Se encontraba él en el Hotel Edén el 15 por la noche. Vio salir a Rosa[6]. Ante el hotel, ni un solo paisano. Quince o veinte militares, oficiales, aspirantes, que rodeaban el auto. En el instante en que Rosa franqueaba el umbral, el centinela de la entrada levantó su fusil y asestó un culatazo a Rosa, que cayó hacia atrás. El centinela le asestó un segundo golpe y quiso darle un tercero; pero ya el cuerpo inanimado había sido conducido al auto, que arrancó. En este momento, un soldado saltó al automóvil, por detrás, e inclinándose sobre Rosa, desvanecida, la golpeó con un objeto en que el testigo creyó ver un revólver. El automóvil estaba a cien metros de distancia, cuando sonó un disparo…

Scheidemann, que tuvo la suerte de hallarse en Cassel, el 16, cuando supo la muerte de sus enemigos políticos, expresó apenas su sentimiento, por pura fórmula; en un discurso violento se encarnizó contra ellos. En Shakespeare, los vencedores son generosos con sus grandes rivales, cuando no tienen ya vida. Anfidius, después de haber hecho asesinar a Coriolano, reconoce su grandeza y, magníficamente, le hace rendir los honores fúnebres. ¡Pero Scheidemann no es un héroe de Shakespeare!

> *Se ha llamado a esta lucha —dice— una guerra de hermanos. ¡No! Los criminales y los ladrones no son hermanos míos…*

Consintió en admitir la integridad personal de Liebknecht y de Rosa, a los que presentó como fanáticos peligrosos; pero se cuidó mucho de hacer pesar sobre el espartaquismo la acusación habitual, de corrupción por los bolcheviques. Y, nuevo Cicerón, juró que había servido a su patria.

> *El aniquilamiento de los espartaquistas es un acto de salud pública que teníamos que cumplir ante nuestro pueblo y ante la historia…*

En cuanto a la prensa burguesa, ruge de alegría. La *Deutsche Zeitung dice* que ningún castigo era bastante para Liebknecht y Rosa Luxemburgo. Según la *Deutsche Tageszeitung*, Liebknecht ¡ha tenido suerte!, un feliz destino le ha evitado el castigo legal; es un juicio de Dios; se ultraja su muerte, se le representa como un cobarde que huye. La *Kreuz-Zeitung manifiesta* una sensación de alivio *(Erleichterung). La Taegliche Rundschau hace* sonar el oro bolchevique. Para el *Lokal Anzeiger* ¡la culpa es del propio Liebknecht! El pueblo alemán es dulce por naturaleza: Liebknecht lo ha provocado con su arrogancia. No se encuentra alguna dignidad más que en la *Vossische Zeitung*, que, aun condenando a los dos jefes espartaquistas, no disculpa su linchamiento; en el *Vorwaerts*, que censura a los dos muertos, pero flagela a sus asesinos; y, sobre todo, en el *8-Uhr Abendblat*. Este periódico burgués publica un noble y conmovedor homenaje hecho al abogado Liebknecht por un antiguo colega, el abogado doctor Johannes Werthauer. En él se habla de su bondad inagotable como defensor de los pobres y los desgraciados; el autor cita un ejemplo del que ha sido testigo y celebra en Liebknecht «al hombre desinteresado, al campeón incansable de la verdad, de corazón puro, entregado a los peores infortunios». Tan raro es un acto de justicia en nuestra época brutal e hipócrita, que no apea de los labios el nombre de la justicia, que hay que guardar el recuerdo de este generoso adversario, único que se inclina, al día siguiente del asesinato, ante la pureza moral de Liebknecht.

Pero sus palabras caerán en el vacío. Los vencedores fratricidas se regocijan sin pudor.

* * *

> *El pueblo de Herder, de Hoelderlin, de Kant, de Humboldt y de Kleist, ha caído —escribe Herzog—, en cincuenta años de adoración del éxito, en un aplanamiento, bajo una fuerza medieval, tan alejada de todo sentimiento del derecho, de todo sentimiento humano, que considera este asesinato tan justo como el torpedeamiento del Lusitania… ¿Para qué sirven las palabras? Toda la energía es impotente, ante un mar de mentiras… Se nos injuria, se nos amenaza. Hemos buscado la reconciliación entre los partidos. Los representantes de la fuerza la*

rechazaron como deshonrosa; se han convertido en esclavos de su propio sistema… Habíamos creído que esta revolución nos haría realizar las grandes ideas de la humanidad, que podríamos dar la mano a los hermanos de los demás pueblos… ¡Error peligroso el de pensar que esta revolución, que no fue una revolución, sino un motín de marineros, había transformado la mentalidad del pueblo alemán! La intoxicación estaba demasiado avanzada… Los gobernantes, espantados ante las consecuencias de su conducta, no pueden ya retroceder, ni salir de su crítica posición, procuran justificarse… El pueblo es un calenturiento, a quien sus médicos no quieren curar —cuyo odio alimentan…— ¡Insensato espectáculo! ¡Los hombres que se han esforzado en levantar al pueblo, son denunciados al populacho como enemigos del pueblo! ¡Porque les estorban! Es un contrasentido hablar de humanidad, hoy que la amenaza, la violencia, el asesinato, están a la orden del día, hoy que la vida de los ciudadanos está menos protegida que bajo Guillermo II… Un pueblo que se encuentra aún en este grado de la escala ¿no deberá temer que las democracias de los demás pueblos se nieguen a admitirlo en su seno, por falta de madurez?…

A estas palabras severas hace eco la reprobación de Kurt Eisner:

Cuando piensa uno —dice el 16 por la noche — que un Guillermo II, un Kronprinz, un Tirpitz, un Ludendorff (éste, a las puertas de Berlín) viven impunemente, se estremece de horror por la demencia de Berlín, donde proletarios rabiosos son lanzados contra los que fueron los primeros en combatir, abiertamente, la guerra en Alemania, contra hombres que han tenido errores, sin duda, pero que por puro idealismo se han sacrificado por su fe. Los criminales de la guerra mundial por el contrario, viven todos. Esta hora atestigua una profunda enfermedad interna en Alemania, mancilla el honor alemán.

Hamburgo organiza una huelga de protesta: toda la actividad cesa, todo se suma al duelo. El duelo y el luto reinan también en Dusseldorf, donde se realizan manifestaciones fúnebres. Hasta en Berlín huelgan los obreros de las grandes industrias.

El sábado, 25 de enero, se verifica el entierro de Liebknecht y de sus compañeros. A pesar de las severas disposiciones del gobierno, cuyas tropas bloqueaban las plazas y las grandes avenidas con artillería, un cortejo impresionante acudió al cementerio de

Friedrichsfeld. De todos los barrios de Berlín afluyeron los pobres; alrededor de los treinta y tres ataúdes, la miseria formaba una guardia de honor; rostros lívidos, jóvenes harapientos, soldados escapados de las prisiones rusas, mujeres y muchachas deshechas en llanto; delegaciones de obreros, de soldados, de marineros de todo el imperio, las juventudes socialistas, banderas rojas, carteles con esta única palabra: «¡Asesinos!» (*Moerder*). En la misma tumba fueron depositados los treinta y dos espartaquistas y su jefe. Ni un grito. Sólo un estruendo en el fondo de los corazones. Y en todos los espíritus resonaban las últimas palabras del jefe, el artículo escrito por Liebknecht para la *Rote Fahne* ¡la víspera de su muerte!, el «¡A pesar de todo!», de Espartaco expirante:

> *¡Espartaco aniquilado! Sí, han sido aplastados los obreros revolucionarios. Sí, cien de sus mejores hijos han sido asesinados. Cien de entre sus más fieles han sido lanzados a la prisión… Sí, han sido aniquilados. ¡Era una necesidad histórica el que fuesen aniquilados! Los tiempos no eran aún llegados… Pero hay derrotas que son victorias; y hay victorias que son más funestas que derrotas. Los vencidos de la sangrienta semana de enero cayeron luchando por grandes ideales, por la más noble causa de la humanidad doliente, por la redención moral y material del hombre; derramaron su sangre, que se ha hecho santa, por cosas santas. Y de cada gota de esta sangre surgirán los vengadores… El calvario de la clase obrera alemana no se ha acabado aún. Pero el día de la redención se aproxima. Se acerca el día del juicio para Ebert, Scheidemann, Noske y para los potentados capitalistas que se esconden tras ellos… Nosotros no viviremos ya cuando ese día llegue; pero nuestro programa vivirá. Y dominará el mundo de la humanidad rescatada. ¡A pesar de todo!*

Más de una vez, este *¡A pesar de todo!* sonará como un grito de unión y de alianza, en las batallas sociales del porvenir. Las represiones sangrientas no lo ahogarán jamás. Pero es ésta la primera vez que el socialismo se encuentra, en la lucha al lado del poder, contra el proletariado. Situación temible que, al acentuar el aislamiento del proletariado, amenaza dar a sus luchas un carácter de aspereza desesperada, del que sufrirá el mundo entero. ¿No se comprenderán estos hermanos enemigos? ¿No abdicarán de sus pasiones personales ante el interés común? El relato que acabo de

hacer del «enero rojo» en Berlín, demuestra que en todo caso el pueblo obrero ve más claro que sus jefes y que desea la unión de todos los trabajadores. No hemos necesitado aguardar hasta hoy para saber que hay mejor sentido en el pueblo que trabaja que en la burguesía que ha salido de él y lo niega. Estos cinco años de guerra han sentado su superioridad de razón sana y humana sobre sus jefes envenenados de orgullo y de ideología.

4 de febrero de 1919.

En memoria de nuestros asesinados en enero de 1919

Hermann Duncker

El joven Partido Comunista Alemán, fundado en diciembre de 1918, fue privado en enero de 1919 de sus tres teóricos, políticos y literatos más importantes. ¡Era un golpe de dimensiones tan graves que hasta entonces no había experimentado ningún partido comunista! Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht fueron asesinados bestialmente el 15 de enero de 1919, ambos a la edad de 47 años, por los bandidos oficiales del gobierno socialdemócrata de Ebert y Scheidemann. Franz Mehring, que tenía ya 73 años y que se encontraba gravemente enfermo, no pudo soportar el trágico fin de sus más próximos amigos y murió pocos días después, el 29 de enero.

Estos tres fueron verdaderamente «gigantes por sus facultades intelectuales, apasionamiento y carácter, por su universalidad y sabiduría», si empleamos las palabras que usó Engels para caracterizar las grandes personalidades del renacimiento.

Yo tuve la suerte y el honor de haber estado unido a los tres por vínculos personales y reconozco en ellos a los maestros y ejemplos que en las más diversas relaciones influyeron tan decididamente en mi desarrollo político. Creo que aquí me faltarán las palabras para agradecer todo lo que les debo a estos tres gigantes del conocimiento marxista y de la actividad revolucionaria, a estos maestros de la palabra y de la pluma.

Lenin caracterizó en 1908 la «segunda mitad del siglo del marxismo», que se inició con la muerte de Engels, como la época de la lucha contra el oportunismo. Este es naturalmente el período del imperialismo, puesto que el oportunismo como fenómeno general es

la consecuencia de una concepción, deformada por no ser dialéctica, de rasgos unilaterales, singulares y temporales del desarrollo imperialista, considerados aisladamente, sin correlación alguna. Las superutilidades acumuladas por el capitalismo monopolista han permitido y permiten, naturalmente, que los señores que dominan la economía capitalista puedan mantener fácilmente una aristocracia obrera y aun alejar temporalmente a amplios sectores del proletariado del movimiento revolucionario, aplicando el lema *Divide et impera* mediante una astuta política de salarios. Así podemos contemplar en todos los países capitalistas, después del despertar de la conciencia de clase y de lucha del proletariado, que con la extensión del imperialismo se inicia también el período de un creciente embrutecimiento oportunista, pero con ello surge también la necesidad cada vez mayor de una enérgica lucha contra toda clase de oportunismo. Tan sólo en Rusia pudo ganar esta lucha en todos los frentes, y en octubre de 1917 triunfó la Revolución Socialista. En Alemania, por el contrario, el oportunismo conquistó poco a poco el Partido Socialdemócrata, abriéndole así las puertas al nazismo que dominó a nuestra nación por el largo período de doce años.

El primer representante teórico del oportunismo en el seno del movimiento obrero alemán, como intento de revisar la enseñanza revolucionaria de Marx, fue Eduard Bernstein. Inmediatamente después de la muerte de Engels, emprendió Bernstein su ataque de fondo por medio de una serie de artículos, compilados posteriormente en su libro *Las Premisas del Socialismo*. Rosa Luxemburgo, Franz Mehring y Karl Liebknecht conformaron su unidad de lucha inmortal para cerrar el paso a la creciente ola del oportunismo. Rosa Luxemburgo se encargó de la dirección teórica y propagandística. En la lucha de la izquierda, y especialmente del Grupo Espartaquista, contra el militarismo y la guerra imperialista, le tocó a Karl Liebknecht dirigir la agitación y la organización. Franz Mehring fue el polémico brillante e implacable, el que señaló con sus dones literarios el camino de regreso hacia la herencia revolucionaria.

Un obstáculo funesto que impidió el desarrollo de una poderosa izquierda, políticamente consciente, fue el hecho de que la primera actuación de Bernstein y de sus seguidores fue considerada en el

partido tan sólo como un intento secesionista de un grupo ideológico aislado que parecía ser rechazado por el partido en su conjunto y por su dirección oficial. Más tarde se comprobó, sin embargo, que precisamente la dirección del partido (Bebel, Kautsky y otros) no estaba dispuesta a enfrentarse con decisión a los oportunistas. Así nació una fracción de centro que fue cediendo cada vez más y más terreno al oportunismo, aislando y debilitando políticamente al marxismo revolucionario en el seno del partido.

La lucha teórica de los marxistas alemanes contra los oportunistas llega a su apogeo con los artículos de Rosa, publicados en el *Leipziger Volkszeitung* (1898/99), que fueron compilados en 1919 en el folleto de Rosa Luxemburgo *Reforma o Revolución*. Yo leí estos artículos emocionadamente cuando era estudiante en Leipzig. Por ese entonces escuché por primera vez un discurso de Rosa en un acto público. La impresión que me causó su personalidad es para mí inolvidable. Precisamente la contradicción entre su pequeña e insignificante figura con la poderosa fuerza espiritual de su oratoria, era verdaderamente impresionante. En el curso de mi vida he escuchado a muchos oradores famosos, comenzando por Bebel y por Wilhelm Liebknecht, pero nunca he vuelto a escuchar un orador tan concentrado, inteligente, ingenioso y lleno de pasión como Rosa Luxemburgo. En aquel entonces, Rosa habló en una reunión de camaradas en Leipzig. Todavía guardo en mi memoria la caracterización que ella hizo de las «Leyes para Protección del Obrero» acerca de las cuales hacían tanto bombo los reformistas refriéndose a Bernstein. Rosa nos dijo: «¡Leyes para la protección del obrero! Está bien, camaradas. Pero también existen otras "leyes protectoras" en nuestro actual Estado. ¡Pensad tan sólo en las leyes para la protección de los animales de caza! ¿En beneficio de quién han sido promulgadas? ¿Acaso por lástima ante los tiernos ojos del venado, o para asegurar al cazador los suficientes animales de presa?». Otro ejemplo del estilo polémico, sarcástico y popular tuve oportunidad de escucharlo un año después (1899) en el Congreso del partido en Hannover. También se trataba en este caso de la lucha contra Bernstein y sus seguidores oportunistas. Un tal doctor David tuvo la frescura de explicarnos en el Congreso que a través de la lucha sindical y del establecimiento legal de una jornada de trabajo normal, se podría socavar, cada día en creciente medida, el

poder de los capitalistas. Rosa respondió a tan peregrina teoría: «David nos ha expuesto una teoría completa acerca del socavamiento de la propiedad capitalista. Yo no sé si su concepción de la lucha socialista conduce verdaderamente a un tal socavamiento; tengo serias dudas al respecto. Pero lo que no admite duda alguna, es que una teoría semejante presupone el socavamiento de nuestras cabezas».

Verdaderamente vale la pena estudiar una vez más los discursos y escritos escogidos de Rosa. Ellos nos llevan, a través de 20 años del movimiento obrero alemán (1898-1918), una ininterrumpida y apasionada lucha de Rosa contra las utopías de un reformismo pacífico y pequeñoburgués y contra el sindicalismo por el sindicalismo mismo, pero también contra las consecuencias de la cobardía del centrismo y de su evasión continua a propagar enérgicamente la lucha de masas revolucionaria.

Si al caracterizar a Rosa Luxemburgo he dejado en un segundo plano a Mehring y Liebknecht, estoy íntimamente convencido de que si ellos vivieran estarían de acuerdo. Por lo tanto sólo me queda agregar que los mejores hechos y escritos de estos dos últimos también han pasado a la inmortalidad, de lo cual puede convencerse fácilmente cualquier lector reflexivo. ¡No nos privemos a nosotros mismos de experimentar las más profundas impresiones científico-marxistas, políticas y estéticas! ¡Y no olvidemos jamás que los esfuerzos y las luchas comunes de estos tres gigantes ayudaron a la creación del Partido Comunista Alemán y con ello a la del Partido Socialista Unificado de Alemania!

Revolucionario o reformista
(Rosa Luxemburgo contra el reformismo)

Hermann Duncker

¡Ir a las masas! La realización de esta consigna presupone un conocimiento exacto de la ideología de las masas. ¿Cuáles han sido las causas que han impedido a las masas ver en el comunismo su única salvación de ese alud de miseria que origina el capitalismo? ¿Será que hemos formulado en forma demasiado brusca las reivindicaciones sobre la meta comunista, sin haber tendido antes el puente necesario para llegar a comprender al pueblo trabajador? Ante todo hay necesidad de entender el lenguaje y la mentalidad de quienes queremos convencer.

Esas masas, todavía alejadas de nosotros, los socialdemócratas, pero también los así llamados indiferentes, poseen, sin duda alguna, una concepción política básica, ya sea consciente o inconscientemente. Es casi imposible encontrar un obrero moderno que no tenga *en una* u *otra forma* una posición espiritual frente al complejo total de su existencia proletaria. Por grande que sea la maldita abstinencia a que ha sido acostumbrado el proletario por la burguesía —y ella es verdaderamente inconcebible— no podemos encontrar hoy un obrero totalmente contento. Cada uno tiene sus deseos, cada uno ve las deficiencias y cada uno exclama: ¡Eso debe cambiar! Pero entonces surge el problema: ¿Se puede esperar un mejoramiento en el desarrollo mismo del capitalismo, contando con salarios más elevados, más favorables condiciones de trabajo, leyes de protección y asistencia social? En una palabra: ¿Por medio de reformas? ¿Es decir, esperando una mayor sensibilidad social en los legisladores burgueses, creyendo en una posible benevolencia de los empresarios y en la habilidad de los representantes proletarios? ¿O

tan sólo será posible ese mejoramiento mediante la abolición revolucionaria de la hegemonía burguesa y del sistema capitalista? De ahí que todo obrero se tenga que enfrentar inevitablemente a esta alternativa: ¡Revolución o reforma!

Cada nueva generación obrera se tiene que enfrentar a esta alternativa. No hay nada más falso que el siguiente punto de vista: ¡Hubo una vez una lucha contra el reformismo; a finales de los años 90 tuvo lugar en Alemania la lucha contra los seguidores de Bernstein! Pero esa lucha ha sido teóricamente decidida desde hace tiempo y por lo tanto esa etapa ya se cerró. No, esa lucha continúa hasta el momento en que el proletariado tome efectivamente el poder en sus manos. Así como todo proletario pasa por la edad de la pubertad, asimismo tiene que pasar por la puerta de esta alternativa. Por eso es importante que las enseñanzas de las discusiones anteriores sobre el tema de la reforma o la revolución hayan sido conservadas y sean aprovechadas. ¡Por eso es importante perfeccionar en creciente medida las armas espirituales en esta lucha y hacer todo para que el esclarecimiento revolucionario llegue a las más amplias masas del proletariado! Esto nos demuestra que no basta buscar las raíces del comunismo moderno, en Alemania, solamente en la ideología antibélica.

El Grupo Espartaquista, constituido en 1915, ya había experimentado su gestación en el seno del PSDA. En la medida en que nuestra posición comunista frente al problema de la guerra pase temporalmente en su actualidad a un segundo plano, en la medida en que se hace menester abordar continuamente los problemas cotidianos y actuales del proletariado en nuestra marcha a través del desierto del desmoronamiento capitalista, debemos salirle al paso a las deformaciones que siempre surgen de nuevo en la cabeza del obrero promedio sobre los problemas cotidianos políticos y económicos. Esto significa, en otras palabras, que debemos aprovechar las enseñanzas de la lucha contra el reformismo en el pasado histórico del movimiento obrero. Aquí radica precisamente el gran mérito de esa admirable dirigente del comunismo alemán, Rosa Luxemburgo.

A través de 20 años de la actividad política de Rosa en el seno del PSDA, podemos ver el hilo rojo de su lucha contra el reformismo. El tercer tomo de las *Obras Completas* de Rosa

Luxemburgo, *Contra el Reformismo*, recientemente editado, constituye por lo tanto un inapreciable texto de enseñanza para nuestra lucha actual contra el reformismo. Ahí encontramos los más importantes duelos librados por Rosa Luxemburgo contra las diferentes corrientes reformistas entre 1898 y 1914 (solamente la discusión sobre la huelga de masas se ha reservado para un tomo especial). Y el lector podrá comprobar con creciente asombro cómo las luchas políticas actuales ya habían sido libradas y decididas por Rosa Luxemburgo contra políticos de prestancia pasajera ya olvidados que agitaban consignas políticas también ya olvidadas por nosotros.

Se trata aquí en primer lugar de una polémica de principios con el reformismo (oportunismo, menchevismo, etc.) como posición política general. Rosa se ocupa del problema del desenvolvimiento progresivo de la sociedad capitalista y, en esta relación, con el problema de la transición hacia el orden socialista. El padre de los oportunistas, Bernstein, había «constatado» con admiración la «capacidad de adaptación del capitalismo» (desaparición de las crisis, crecimiento de las clases medias, elevación del proletariado). Rosa refutó uno a uno todos sus argumentos. De todos es conocido el gran valor que precisamente concedía Rosa a la comprobación de la necesidad objetiva del socialismo. En su obra *Reforma o Revolución* encontramos las más claras y seguras refutaciones a todas las esperanzas oportunistas de adaptación.

Naturalmente que Rosa no consideraba este proceso como producto de una espontaneidad mecánica y automática en el desarrollo capitalista. Ella, como Marx, sabía que los hombres hacen su propia historia, y por eso apelaba al martillo de la revolución.

Nada más extraño a Rosa que permanecer en su arrobamiento revolucionario con la vista clavada en la meta final. Su grandeza consiste precisamente en que supo reconocer la unidad orgánica entre la lucha práctica cotidiana y la meta final. En un artículo contra el ministerialismo francés (1899) nos dice Rosa:

> *Los fundamentos de la socialdemocracia no se pueden entender tan sólo a través de folletos y de conferencias, como tampoco podemos aprender a nadar practicando en seco. Solamente en la alta mar de la vida política, solamente en la amplia lucha contra el Estado*

contemporáneo, en la adaptación a esa enorme diversidad de la realidad viviente, se puede educar al proletariado.

Y en una discusión sobre nuestras tareas parlamentarias, nos dice:

> *Participar en el establecimiento de leyes positivas con resultados prácticos en la medida en que sea posible y, al mismo tiempo, hacer valer en cada momento el punto de vista de nuestra oposición de principio al Estado capitalista, esa es, en rasgos generales, la difícil tarea de nuestros representantes parlamentarios.*

Rosa combatió valerosamente la falsa interpretación de las tareas que le correspondían en ese entonces al PSDA, permitiéndonos seguir en sus artículos toda la historia de las crisis de ese partido desde 1898 hasta 1914.

A pesar de que cada uno de sus artículos estaba dedicado a los acontecimientos actuales de ese entonces, supo Rosa, sin embargo, expresar en una forma brillante y en un estilo clásico la posición fundamental marxista ante ellos, de modo que tales artículos y discursos no han perdido su actualidad para la posterioridad.

Es verdad que encontramos en sus discusiones algunas deficiencias e insuficiencias —la fe de Rosa en la restauración política de la socialdemocracia revolucionaria y liberadora de pueblos, fue un gigantesco error. Además, su profecía de «que el capitalismo será empujado hacia un callejón sin salida» tuvo que ser corregida por Lenin en el II Congreso de la Internacional Comunista de 1920 con las siguientes palabras:

«A veces los revolucionarios concentran sus esfuerzos en probar que no existe en absoluto ninguna salida para escapar de la crisis. Esto es una equivocación: situaciones absolutamente sin esperanzas no existen» (*Protocolo*, p. 31).

Pero en lo esencial, el paso del tiempo no ha modificado nada. Lo verdaderamente sensacional de este libro es que ahora nos permite levantar en alto por primera vez el tesoro de profundas verdades encerrado en esos artículos amarillentos.

En resumen, este libro es un verdadero arsenal de argumentos comunistas contra el revisionismo. Este volumen, esperado tan

ansiosamente desde hace tiempo, ofrece al comunista alemán un material insuperable para la propaganda de apoyo a la consigna: ¡Ir a las masas! Cada camarada debe estudiarlo detenidamente. Reconocerá así en Rosa Luxemburgo uno de los sucesores más destacados de Marx y un compañero de lucha digno de Lenin. Su lucha contra el reformismo y la fundación del Grupo Espartaquista constituyen el apogeo de su vida.



ROSA LUXEMBURG o, por castellanización del apellido, ROSA LUXEMBURGO (Zamosc, Rutenia, 1870 - Berlín, 1919). Revolucionaria y teórica del socialismo alemán, de origen judío polaco. Hija de un comerciante de Varsovia, su brillante inteligencia le permitió estudiar a pesar de los prejuicios de la época y de la discriminación que las autoridades zaristas imponían en Polonia contra los judíos. Su militancia socialista le obligó a exiliarse desde los 18 años, refugiándose en Suiza, donde terminó sus estudios de Derecho, trabó contacto con revolucionarios exiliados y se unió a la dirección del joven Partido Socialdemócrata Polaco.

Contraria a todo nacionalismo, en 1898 se trasladó a Alemania para unirse al poderoso Partido Socialdemócrata de aquel país (SPD) y participar en los debates teóricos que lo agitaban desde la muerte de Marx y Engels. Asociada con Kautsky, defendió la «ortodoxia» marxista frente al «revisionismo» de Bernstein e hizo aportaciones teóricas originales en torno al imperialismo y al capitalismo (*La acumulación del capital*, 1913).

Se distanció de Kautsky y de la mayoría del partido a medida que éstos se inclinaron hacia los métodos parlamentarios, pasando a ser reconocida como la líder principal del ala izquierda del SPD; pero también criticó a Lenin y su concepción centralista y autoritaria del

partido de revolucionarios profesionales.

Junto con Karl Liebknecht encabezó las protestas de los socialistas de izquierda contra la Primera Guerra Mundial (1914-18) y contra la renuncia del SPD al internacionalismo pacifista; fue detenida por ello en 1915, pero continuó escribiendo desde la cárcel.

Fue ella quien puso las bases teóricas para la escisión de la Liga de los Espartaquistas (1918), transformada un año más tarde en Partido Comunista Alemán (KPD). En libertad desde la revolución de 1918 que hizo abdicar al emperador Guillermo II, lanzó junto con Liebknecht la Revolución espartaquista de 1919; y, como él, murió a manos de los militares encargados de su represión.

KARL LIEBKNECHT (Leipzig, Reino de Sajonia, 13 de agosto de 1871 - Berlín, República de Weimar, 15 de enero de 1919). Miembro de la socialdemocracia alemana desde 1900. Fue el único parlamentario de este partido que se opuso el 4 de diciembre de 1914 a votar los créditos de guerra. Dirigente del ala izquierda, por sus manifestaciones contra la guerra fue expulsado del partido y encarcelado en 1916-1918. Junto a Rosa Luxemburgo creó el grupo Espartaco y el 1° de enero de 1919 creó el Partido Comunista. Fue asesinado por soldados del régimen de la alianza del ala derecha de la socialdemocracia con generales kaiseristas el 15 de enero de 1919.

Notas

[1] Estas notas, escritas al día siguiente de los acontecimientos, y cuyo texto ha querido revisar por sí mismo Romain Rolland, se publicaron por vez primera en *L'Humanité* de los días 16, 17 y 18 de febrero de 1919. <<

[2] «Yo no voto por Espartaco, ni voto tampoco por Ebert Schedimann. ¡Voto por la verdad! Por eso tengo el deber de combatir la mentira en todas partes donde la encuentre. Ella es la que infecta, excita, desencadena la guerra, la bestialidad, el asesinato…» (G. Herzog, 15 de enero de 1919). <<

[3] Varios de estos nombres son los de miembros muy conocidos de la Liga «Nueva Patria» (*Bund Newes Vaterland*). < <

[4] Pangermanistas. < <

[5] Parece ser que, en efecto, ciertas tropas, llamadas a Berlín contra los espartaquistas, obraron en calidad de aliadas temporales del gobierno; pero reservándose su completa independencia para después. En la interviú del 19 de enero, que Noske concedió a los representantes de la prensa socialista extranjera, el holandés Ankersmit, corresponsal del Jiet Volk, de Amsterdam, se muestra indignado por la proclama que ha leído, fijada en los muros de Berlín por la división de la guardia de a caballo, hablando en su propio nombre, como si no estuviese a las órdenes del gobierno. <<

[6] Hay que advertir que en este momento, apenas un cuarto de hora después de la salida de Liebknecht, se sabía ya en el hotel Edén, que lo habían matado. Esta constatación hace más vergonzosa aún la mentira de la autoridad militar, haciendo entregar como «cadáver desconocido» el cuerpo recogido en medio de la clase. <<